

104

ADAN

O EL DRAMA EMPIEZA MAÑANA

RES ACTOS, DIVIDIDOS 3
n SIETE CUADROS, DE **FELIPE SASSONE**

Cubierta de este número:

María Palóu

y

Manuel Soto

en

una escena de

ADÁN,

O EL DRAMA EMPIEZA MAÑANA

FELIPE SASSONE

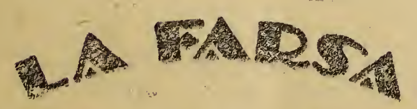
ADAN
O
EL DRAMA EMPIEZA MAÑANA

PALABRAS DE UNA COMEDIA SIN ACCION
TRES ACTOS, DIVIDIDOS EN SIETE CUADROS
ORIGINAL

Estrenadas en el Teatro Muñoz Seca, de Madrid, el día 9 de enero, de 1931.

DIBUJOS DE
MANUEL PRIETO





AÑO V | 28 DE FEBRERO DE 1931 | NÚM. 181
MADRID



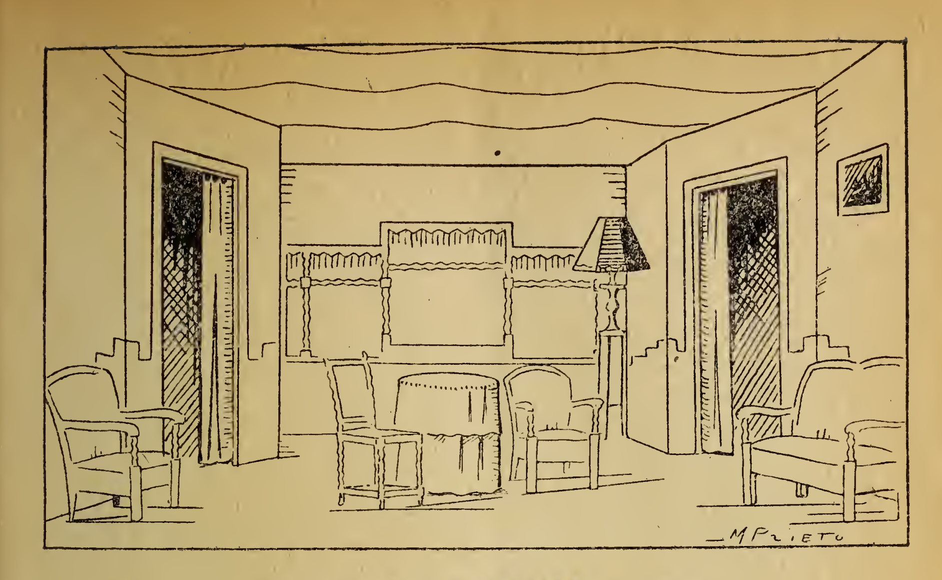
—M Prieto

A Vital Aza, gran médico y gran amigo,
con la admiración y el cariño de
FELIPE SASSONE

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Rosa María	María Palóu.
Laura	Carmen Seco.
Irene	María Luisa Arias.
Una vendedora	Lolita Arroyo.
Una doncella	Aurelia M. Carrascal.
Otra doncella	Carmen D. de Tejada.
Alberto	Manuel Soto.
Don Felipe	Angel Béjar.
El doctor Molina	Teófilo Palóu.
Un criado de restorán	Carlos Dulac.
El ayuda de cámara del doctor ...	Rafael Gil.
Un enfermo	Eduardo Moreno
La voz del padre	N. N.

Primer acto en Madrid. Segundo acto, cuadro primero, San Sebastián. Segundo y tercer cuadros Madrid. Acto tercero, Madrid. Del día; 1930. *Derecha e izquierda del actor.*



ACTO PRIMERO

Después de levantarse el telón de boca.—Un telón corto, abierto por el medio. (Cortinas.) Un comedor en casa de Alberto.—Vidrieras al fondo, sobre el cielo azul de primavera.—Paredes blancas; jambas de roble. Mesa centro, circular. Un trinchero. Un sofá. Un sillón. Tres sillas volantes. Mono y alegre.

ESCENA PRIMERA

Son cerca de las dos de la tarde. ALBERTO, en la linde de los cuarenta años, pero más joven de aspecto. pese a las canas que le blanquean levemente las sienes, dibuja ante la mesa, sentado a la izquierda. ROSA MARIA, una mujer guapa cuyo otoño, treinta años, apenas se inicia, está sentada en el borde de la derecha de la mesa.

ROSA.—¿Te molesto aquí?

ALBERTO.—¡Tonta! ¿Por qué? ¡Al revés! Le he puesto a este monigote tu cabeza. Mira.

ROSA.—¡Ay! ¿Y para qué?

ALBERTO.—Para que esté bonito.

ROSA.—Ya lo estaba.

ALBERTO.—Así lo estará más. (*Dibuja.*) Los ojos son los tuyos, no me lo negarás...

ROSA.—Y el traje es un sueño... Todos estos negros (*Señalando.*) ¡hacen más bien!

ALBERTO.—¿Le ponemos aquí una gran rosa roja?

ROSA.—Como quieras. Para que resalte entre los negros, ¿verdad?

ALBERTO.—¿Para que resalte?... Ya veremos. (*Pausa.*) Oye, ¿esto podrá ser de terciopelo?

ROSA.—¡Desde luego! Así caerá mejor la falda.

ALBERTO.—¡Magnífico! (*Pausa.*)

ROSA.—¿No te arrepentirás algún día de haber pintado figurines?

ALBERTO.—(*Sin dêjar su trabajo.*) No, porque son para tí.

ROSA.—¿No te arrepentirás nunca, nunca? ¿No me maldecirás? Porque mira que un pintor como tú, una primera medalla, pintando estas... frivolidades...

ALBERTO.—(*Sin dejar el trabajo.*) Estas pequeñas obras de arte, de otro arte, pero muy majas. (*Dejando de dibujar. La mira y la acaricia una mano.*) ¡No me arrepentiré nunca, compañerita, nunca! Y ya verás el resultado. Todo contribuirá al éxito. (*Torna al trabajo.*)

ROSA.—¿A ver cuántos hay? (*Cuenta los figurines ya hechos que están sobre la mesa.*) Diez y ocho. Y el que tienes entre manos diez y nueve.

ALBERTO.—(*Sin dejar de trabajar.*) Y cinco más. Voy a hacer un par de docenas. (*Sin dejar el trabajo.*) Exhibiremos los dibujos en el vestíbulo de los teatros.

ROSA.—Pero oye, y los maniquíes vivos, ¿quién?

ALBERTO.—¡Tú misma!

ROSA.—¿Yo? ¡Anda!

AEBERTO.—¿Quién mejor? Tú e Irene...

ROSA.—Irene, sí; Irene tiene un cuerpo estupendo...

ALBERTO.—Y tú, y tú, y tu hermana si quiere. (*Vuelve a dibujar.*)

ROSA.—No, no; mi hermana a administrar. Es lo que le gusta. Además yo tengo la cabeza a pájaros, ya sabes... Empezamos la gira por Valladolid, ¿verdad?

ALBERTO.—(*Trabajando.*) Sí...

VOZ DEL PADRE.—(*Dentro, por la derecha. Es una voz grave y desagradable.*) ¡Rosa María!

ROSA.—(*Bajando de la mesa. Para sí misma.*) Papá. (*Gritando hacia la derecha.*) ¡Voy! (*A Alberto.*) ¡Pobrecito viejo! Esa es otra. Tendremos que llevarlo. Ayer me decía llorando que no se queda aquí; que prefiere morirse en un pueblo, en

el tren, donde sea, pero conmigo, con nostros. ¡A tí también te quiere tanto! Pobre.

ALBERTO.—¿Qué dice Juan? ¿Cree que resistirá los viajes?

ROSA.—Valiente médico. ¡Qué quieres que diga!

VOZ DEL PADRE.—(*Dentro.*) ¡Rosa María, hija!

ROSA.—¡Voy, voy! (*Haciendo mutis.*) Pobrecito... ¡Voy papá!... (*Mutis derecha. Alberto sigue dibujando. Pausa. Por donde se fué Rosa sale Laura, treinta y dos años, guapa. Se dirige al trinchero.*)

ESCENA II

ALBERTO y LAURA.

ALBERTO.—(*Sin dejar de trabajar.*) ¿Tan pronto? ¿Qué quería tu padre, compañerita?

LAURA.—No es la compañerita; no se equivoque usted.

ALBERTO.—(*Mirándola.*) Oh, perdone, Laura.

LAURA.—De nada. Eso quisiera yo, parecerme a mi hermana.

ALBERTO.—(*Vuelve al trabajo.*) No miraba; me fié del oído y me equivoqué. Pisan ustedes lo mismo. La música de los tacones es idéntica.

LAURA.—Pero no nos parecemos en nada.

ALBERTO.—En nada más que en eso; en el ritmo al andar.

ESCENA III

Dichos y la DONCELLA (por izquierda. Uniformada; un poco paleta).

DONCELLA.—(*Sin traspasar el umbral.*) ¿Daban su permiso?

LAURA.—Pasa, mujer.

DONCELLA.—Sí, señorita.

LAURA.—Pero, pasa...

DONCELLA.—(*Avanzando.*) Sí, señorita. (*Alberto trabaja*).

LAURA.—¿Qué hay?

DONCELLA.—Nada, señorita. Si me daba permiso la señorita para bajar a la estación. Es ir y volver na más.

LAURA.—¿A la estación?

DONCELLA.—Sí, señorita. Ya le dije a la señorita Rosa que hoy llegaban mis padres del pueblo... Es ir y volver na más.

LAURA.—Papá no puede quedarse solo...

ALBERTO.—Déjela. (*Dejando de trabajar.*) Es ir y volver na más.

DONCELLA.—Sí, señor, señorito...

ALBERTO.—Yo me quedo en casa. Si papá quiere algo yo lo atenderé.

LAURA.—Bueno, vaya.

DONCELLA.—Gracias, señorita; gracias señorito... (*Medio mutis.*) ¡Ah!, se me olvidaba. ¡Qué el bicho hace tres días que no parece!

ALBERTO.—¿La tortuga?

DONCELLA.—Sí señor, señorito.

ALBERTO.—Estará debajo de algún mueble.

DONCELLA.—Por todos busqué, señorito, y...

ALBERTO.—Pues ha de estar.

LAURA.—Como ha hecho tanto frío...

DONCELLA.—Pero ya hace un tiempo hermoso, señorita y ya pudo salir...

ALBERTO.—Estará ronca...

DONCELLA.—¿Cómo, señor? Si es muda señorito...

LAURA.—Bueno, bueno, ande, vaya usted, ya parecerá.

DONCELLA.—Sí, señorita.

ALBERTO.—Y vuelve pronto; no andes tú también con el paso de la tortuga...

DONCELLA.—¡Ay, no señor! Es ir y volver na más. Con el permiso de los señoritos. (*Mutis.*)

LAURA.—Si la tortuga no parece buena se va a poner Rosa.

ESCENA IV

Dichos y el doctor JUANITO MOLINA por la derecha con una caja. Acento andaluz muy marcado.

JUAN.—Uno que se las guilla...

LAURA.—¡Doctor! ¿Está ya más tranquilo? (*Gesto vago del doctor.*) Iba a llevarle sus cucharadas; ahora le tocan. ¿Se le siguen dando?

JUAN.—Psé... ¡Lo harán dormir! Es el único consuelo que podemos darle: ¡dormir!

LAURA.—¡Ay, señor! En fin... voy...

JUAN.—Y yo. (*Saludándole.*) Mucho való, Laura, Mucho való. Na más que eso. (*Mutis, Laura, foro derecho.*) ¡Bueno, artista!

Alberto.—¡Hola! Pero, ¿te vas ya? No será sin un chatito de manzanilla... ¿Hace? (*Va al trinchero y busca botella y chatos.*)

Juan.—Bueno. Así como sí, esta tarde ya no tengo que operá...

Alberto.—(*Sirviendo.*) Vaya. ¡Oro liquido!

Juan.—¡Veneno dorao! Pa mi coliti, lo más propio. En fin. Haré experimento en mí mismo. (*Bebe de un trago.*) Mártir de la ciencia, hijo. ¡Na más que eso!

Alberto.—¿Está buena?

Juan.—¿Buena? Pon otra. Es la del estribo, porque me voy. Pero los estribos son dos. ¡Ole! Viva el doctor Decref. (*Bebe.*) Y adiós.

Alberto.—(*Reparando en la caja.*) ¿Pero qué es eso? ¿Habías venido a operarlo?

Juan.—No; ¿pa qué? Esto es el perro.

Alberto.—¿El perro?

Juan.—El *pachón.* Para medí la presión arterial.

Alberto.—¿Y qué?

Juan.—Muy malamente.

Alberto.—Pero él duerme muy tranquilo, y mucho...

Juan.—Pos más va a dormí. Esto que hace ahora es... ensasayá. Ensayá pa cuando esté muerto.

Alberto.—¡Juan! Parece mentira que un hombre tan inteligente como tú, un médico que podía tener más clientela que nadie se empeñe en hablar de ese modo, como si despreciaras tu profesión...

Juan.—No señó. ¡Que la quieo con toa mi alma! Lo que no hago es función de teatro. ¡Espectáculos de mi profesión! Hablando así nadie dirá que le pongo paño al púlpito. Ni finjo, como otros, que tengo que pensá lo que está visto y pensao. Por eso me acabo de peleá con tu mujer. Claro que por las buenas...

Alberto.—¿Si? ¿Qué ha pasado?

Juan.—Lo de siempre. Que sabe más que yo...

Alberto.—Hombre.

Juan.—¡Qué sabe más que yo! Por lo meno ella sabe que si le tocan el trigémino, se pone bueno. Y yo...

Alberto.—¿Tú no crees en eso?

Juan.—Ni creo ni no creo. Totá: que no creo. Y es porque no sé ya lo que medió se me agarró. Y yo no sé más que abrí barriga. ¿Qué asista a los amigos y a ellos lo mismo les atienda una gástrica que una conjuntiviti, no quiere decir. Así

se lo he soltao a tu mujer. A mí el enfermo que me dice tóqueme usted las narices, ¡me ofende! Na más que eso. Cuando hace falta ya sé yo recomendá a un especialista. Pero pa esto no hace falta; lo ve un ciego. Aquí, muy pronto, no va a hacé falta más que el forense.

ALBERTO.—¿Tan mal está?

JUAN.—Con lo que él solito tiene, se pueden morir catorce. ¡Y catorce mozos! ¡Cuánti más un viejo!

ALBERTO.—Pero si no tiene sesenta años.

JUAN.—¿Y qué? Cada uno envejece cuando le llega su hora. Cada uno tiene su cuerda... Y a todos nos pasa lo mismo, con el médico o sin el médico... que tarde o temprano, o te curas o te mueres...

ALBERTO.—Tarde, tú lo has dicho...

JUAN.—O temprano. ¿Qué más da? ¡A su hora! (*Bebe.*) Nadie se muere más que una ve, y no se pierde toda la vida, no señó, sino ese pedacito, ese momentito de vida en que te estás muriendo. Lo pasao... pasao; ya se murió sólo pasando. Lo que tenía que llega y no llegó... ¡no existe! De modo y manera que... ¡na! No se puede perder lo que no se tiene; el pasado ya no es de uno, y el porvenir que no vino, tampoco es de uno; y de modo y manera que pierdes eso... el momentito de la asistolia final. ¡Qué más da antes que después!

ALBERTO.—Bueno, eso es un pensamiento de Marco Aurelio.

JUAN.—¡Olé! Entero y pleno. Pero Marco Aurelio lo pensó para que lo pensáramos también los demás. Digo, ¡me parece a mí! Y si todo esto te lo dijera yo con otro acento, tendría mucha importancia; pero como te lo digo en andaluz, y a mi estilo, te parecen paparruchas. Lo de todo el mundo señó. Paparrucha de Juanillo Molina, Juan Molina, como me dice la gente jugando con mi nombre; Juan Molina, que enfermo grave que le toca le da dos capotazos... y ¡dobla! ¡Pos no, ea! Con asento andaluz se puede ser un gran torero, como Lagartijo; y un guerrero, como el Gran Capitán; y un filósofo mejor que Séneca, que me figuro yo que hablaría el latín con acento andaluz, y... un gran médico, como yo. Y hasta luego, y no me mande vení más.

ALBERTO.—Pero, hombre, aguarda. Hablemos del enfermo. ¿Tan grave está mi suegro, que no tiene remedio?

JUAN.—¿Remedios? En la mesa de noche un arsená. ¡Pero ninguno le sirve!

ALBERTO.—¿Pero, qué tiene?

JUAN.—¡Na! Una aorta como una serpiente boa; una hi-

pertensión como pa que estalle la caldera; una diabeti como un ingenio de azúcar de la Habana, y cincuenta y pico de año, que parecen ciento. ¡Na! ¡No tiene na el pobrecito. Qué se le acaba la cuerda al reló, y la repetición es una música muy mala, y el corazón unas veces sale por marcha y otra por valse, y otra por fandango y otra por bulería...

ALBERTO.—¡Pero, hombre, qué modo de hablar!

JUAN.—¿Y qué te voy a decir? ¿Una conferencia científica? ¿Que tiene el pulso arrítmico, y unas veces es taquicárdico, y otras bradicárdico, y que va a tené acidosis, y que si no se muere de un coma diabético, se muere de una embolia o se quea en un colapso? ¡Si así lo vas a entendé menos! A mí no me llaman pa que enseñe medicina, sino pa que cure... si pueo. Y yo digo haga usté esto y lo otro y tome usté aquello, y na má. Allá Dió que cría y mata a lo cristiano. Otros compañeros míos, que no nombro, te dicen con muy buen tecnicismo y ante un paciente, por ejemplo, que se trata de una septicemia colibacilar, y luego el enfermo parma del tifu. ¡Qué más da si parma de todas maneras! Vamos a dejá a don Aurelio que viva en paz lo que le quea... o que se muera en paz, que da lo mismo.

ALBERTO.—Eso de que da lo mismo...

JUAN.—Igual. Morir y vivir... caminito que se anda... y a un punto fijo...

ALBERTO.—Eres un escéptico... y un pesimista...

JUAN.—¡Ca, no, señor! El que ama la vida es un pesimista, porque la ama muertecito de miedo, pensando en la muerte como en un mal, y así está que ni vive ni muere; pero el que espera su última hora como un descanso y una liberación, ése no! Ese anda hacia su bien. Qué más le da todo, si sabe que al fin va a ser dichoso. ¡Dichoso sin remedio!

ALBERTO.—Eres imposible.

JUAN.—Sí, señor. Lo del cuento del gato que se llamaba Mundo, y cuando el amo estaba enfermo, le robaba los chorizos que tenia guardados debajo de la cama. "Ay, Mundo, Mundo, cómo te los vas llevando uno a uno"—decía el pobre—. Así se me iban a mí los enfermos de la mano, cuando empecé a operá en el hospital. Yo no he matao a niguno; ningún médico mata a nadie: pero los he dejao morir. ¡Y menudos chorizos se me ha llevao la muerte! ¡Ay, mundo, mundo, cómo te los vas llevando uno a uno!... ¡Ea! Quédate con Dios, pintamonas... ¡No te muevas. (*Inicia el mutis.*) Que

no te muevas, que ya me sé el camino. Y que no me llamen como no sea pa ti, y ¡ójala no me llames nunca! ¡Quéate con Dios! (*Mutis.*)

ESCENA V

ALBERTO, y luego, a su tiempo, ROSA MARIA, LAURA y FELIPE.

ALBERTO.—Anda con él, hombre... Pues señor, estamos bien... (*Se pone a dibujar.*)

ROSA.—(*Por donde hizo mutis antes.*) ¿Se fué ya el matasanos?

ALBERTO.—Acaba de irse...

ROSA.—Más vale así. A mí me ataca los nervios.

ALBERTO.—Es muy inteligente y muy bueno.

ROSA.—Todo lo inteligente que tú quieras; pero parece que se burla siempre de uno; habla siempre en broma...

ALBERTO.—Precisamente cuando es más serio y más grave lo que piensa. Prueba de modestia y de piedad. (*Reparando en que Rosa lleva el sombrero puesto.*) ¿Vas a salir?

ROSA.—A probarle a la Vizcondesa. Ya sabes que no hay forma de que venga a casa. (*Llaman al timbre.*) Y como es tan buena cliente, no es cosa de que se disguste y la pierda. Vuelvo en seguidita. Laura me acompaña. (*Vuelven a llamar.*) ¿Otra vez? ¿Pero no está la chica?

LAURA.—(*Saliendo con sombrero y un paquete.*) No está. Yo le di permiso un momento. Voy a abrir. (*Mutis foro izquierda.*)

ROSA.—¿Y dónde ha ido?

ALBERTO.—A la estación. Creo que llegan sus padres del pueblo...

ROSA.—Ah, sí, es verdad, que anoche me lo dijo.

LAURA.—(*Dentro.*) Pase usted, pase...

ROSA.—¿Eh? ¿Quién será?

FELIPE.—(*Entrando con Laura. Es un viejo; pero no quiere parecerlo y muy elegante.*) Con permiso. ¿El ilustre artista don Alberto del Casal?

ALBERTO. — ¡Hombre! ¡Viejo! ¿Pero es posible? Tú, tú... ¿Pero es verdad? (*Se abrazan.*) Tú, tú aquí, tú...

FELIPE.—Tú, sí señor, es decir, yo, yo mismo... que no me muero nunca. (*Sin dejar de abrazarlo.*) ¡Qué bueno estás! ¡Qué bueno! ¡Que me alegro de verte, muchacho! ¡Que me alegro!...

ALBERTO.—Pero, ¿cuándo has llegado?

FELIPE.—Ahora mismo, no hace dos horas. Pregunté por ti en el estudio. y ya no es tu estudio. En el casino me dan esta dirección: Madame Rose Marie, Modes. ¿Qué hará este loco en una casa de modas? —me dije...

ALBERTO.—Madame Rose Marie... Rosa María, mi mujer.

FELIPE.—Se... señora...

ALBERTO.—Mi cuñada Laura...

FELIPE.—A los pies de ustedes...

LAURA.—Encantada...

ALBERTO.—(*A Rosa.*) ¿No adivinas quién es, Rosa? Mucho me has oído habiar de él. Es un amgo de la niñez...

ROSA.—¡Ah!, sí, sí... Usted es ¡Felipazo!

FELIP.—Eso es, sí señora. ¡Felipazo! Amigo de la niñez. De la niñez de su padre y de la suya. Porque de mi niñez... yo sólo me acuerdo...

ROSA.—¡Buena memoria!

FELIPE.—¡Vaya! ¡Y buen golpe! ¡Así, así quiero que me trate!

ROSA.—Pero siéntese, siéntese.

ALBERTO.—Siéntate, hombre.

FELIPE.—(*Sentándose.*) Gracias.

ALBERTO. ¿Y qué? Has estado fuera siete años...

FELIPE.—Nueve, nueve. Viajando de Cesa en Meca.

ROSA.—¿Y viene usted?

FELIPE. — De Wáshington. Era allí representante de España...

LAURA.—¿Ha estado en Holliwood?...

FELIPE.—No, señora. Me pasaba la vida en Nueva York.

LAURA.—¡Ay! Nueva York. Dicen que es una ciudad preciosa. ¿No?

FELIP-.—Pse...

LAURA.—¿Cómo? ¿No le gusta a usted? Dicen que es algo grandioso, de maravilla.

FELIPE.—Psé...

LAURA.—Mi marido, que está allí, me escribe encantado. Allí hay de todo: trabajo y diversión... ¡Vida!

FELIPE.—Psé...

ROSA.—Nada, nada, que a don Felipazo no le entusiasma Nueva York.

LAURA.—Habrá estado poco tiempo. Mi marido me escribe que al principio marea y aturde; pero que después, cuando se le toma el aire, resulta una ciudad tan cómoda, tan práctica...

FELIPE.—¡Ah!, práctica sí, eso sí, ¿ve usted? Muy práctica. Habia alli una gran industria: la odontóloga, y se inventó un deporte para protegerla: el boxeo. O al revés. Pero el hecho es que los boxeadores le tumban los dientes a media población y los dentistas se los vuelven a poner. ¡Ya ve usted si son prácticos!

ALBERTO.—¡Qué Felipe, no cambias!

FELIPE.—¿Para qué? Pero ustedes iban a salir; los sombreritos no engañan, y por mí...

ROSA.—Ibamos a salir, si, señor. Ibamos a salir y salimos por obligación; pero como volvemos en seguida, usted nos aguarda y almuerza con nosotros.

FELIPE.—¡Un millón de gracias! Hoy no, hoy es imposible; pero me convido para mañana.

ROSA.—Muy bien. (*Levantándose; a Laura.*) Vamos, tú, que llegamos tarde. (*A Felipe.*) ¿Plato especial preferido?

FELIPE.—Señora...

ALBERTO.—Sí, sí, tú eres un gran gastrónomo, ya lo sabe Rosa...

ROSA.—Me han hablado mucho de usted, don Felipazo...

LAURA.—Y aquí tenemos el libro de Brillat-Savarin.

FELIPE.—¡Ah! la "Phisiologíe du Gout". ¡Gran poema!

ROSA.—Conque usted dirá...

FELIPE.—Pues... ¡Callos! ¡Callos a la madrileña, que no están en el libro ni los sirven en los banquetes diplomáticos.

ROSA.—Pues nada, callos. Ya lo sabes, Laura.

FELIPE.—Ah, ¿usted es el *Cordón bleu?*

LAURA.—Servidora de usted.

ROSA.—Conque... ¿Hasta mañana, Felipazo? Y perdone que nos vayamos. Le trato como de la casa.

FELIPE.—Hasta mañana, Rose Marie...

LAURA.—Tanto gusto, y a ver si le acierto el gusto...

ROSA.—(*A Alberto.*) Adiós, tú...

ALBERTO.—Ven, ven, Felipazo es de confianza. (*La besa.*) Adiós, compañerita. ¡Que no tardes!

ROSA.—Buenos días (*a Felipe*) y bienvenido.

FELIPE.—Buenos dias y bien halladas. Hasta mañana. (*Mutis las dos mujeres izquierda.*)

ESCENA VI

ALBERTO y FELIPE.

FELIPE.—¡Muy simpáticos! ¡Vaya! ¡Adorables los dos! Pero... ¿tu mujer?

ALBERTO.—Sí...

FELIPE.—¿Tu mujer, de veras, de veras?

ALBERTO.—Hombre..., ¡sí! Mi mujer, sin cura ni notario.

FELIPE.—¡Ah!, ya decia yo...

ALBERTO.—Pero con un amor más grande que una casa y ocho años de garantía...

FELIPE.—¡Ocho años! ¿De modo que ya sentaste la cabeza?

ALBERTO.—He sentado el corazón. No tengo hijos, pero soy padre de familia. Mi mujer, mi cuñada, que tiene el marido en América, que la envía dinero y besos... epistolares; por correo no se puede mandar otra cosa, y el padre de ambas, que está ahí dentro; ya lo conocerás. Muy enfermito el pobre. ¡Ay! me encuentras hecho un burgués.

FELIPE.—Eso no, tú no serás un burgués nunca. Y de arte, ¿qué? Cuéntame cosas. ¿Cuántas medallas más te han dado? ¿Qué preparas ahora?

ALBERTO.—Nada. Ya no pinto.

FELIPE.—¡Alberto! ¡No! Tú bromeas.

ALBERTO.—Mira. (*Dándole los figurines.*) Eso es lo que hago ahora.

FELIPE.—¿Esto? Pero, ¿te dedicas a hacer figurines? Pero es posible? ¿Tú, que no amabas a nada ni a nadie como a tu arte? ¿Tú, que?...

ALBERTO. — Hasta que amé a una mujer más que a mi pobre orgullo.

FELIPE.—No comprendo. Mira que tú dibujar figurines. ¡Señor, señor!

ALBERTO.—¡Claro! Has estado lejos y no sabes. ¿Quieres fumar? (*Ofreciéndole tabaco. Felipe lo coge sin hablar. Le da el encendedor.*)

FELIPE.—Gracias. Bueno, yo no quiero creer que...

ALBERTO.—Oyeme, óyeme. Ya te contaré. La primera medalla me echó a perder. Entré en el gran mundo, me encargaron retratos y me convertí en el pintor de moda. ¡Figúrate! El dinero, chico, que es nuestro enemigo. Empecé a pintar

los cuerpos de memoria para ponerles la cabeza después, en un par de sesiones. Todos los retratos fueron... uno solo, y los fondos imaginarios también postizos. ¿Entiendes? Un campo, un mar, unas ruinas, que nada tenían que ver con la figura... ¡y se me olvidó pintar! Una tarde, la marquesa de Guijar vino a mi estudio con su modista, para que le viera la toilette... y la modista era ésta, Rosa María... Ya comprendes... Pues Rosa María...

Felipe.—Sí ,hombre, sí, volvió ella sola..., y luego..., ¡el baúl!

Alberto.—¿Eh? ¿El baúl?

Felipe.—Lo de siempre: el baúl; yo me entiendo, sigue.

Alberto.—Pues nada. Que un día que necesitaba un figurín y quería inventarlo..., se lo inventé yo, y se lo dibujé..., y luego otro, y ya no pinté más cuadros...

Felipe.—¡Y te hiciste figurinista! ¡Válgame el Señor! Pues es una lástima, y todavía estás a tiempo...

Alberto.—Hombre, yo....

Felipe.—Nada. Es más que una lástima: un crimen. Tú eres un artista, no un modisto de señoras. Dios te lo había dado todo para tu arte: ojos, entendimiento, mano, corazón. ¿Por qué lo echas todo a rodar? ¿Es que para amar a una mujer, para vivir con ella, necesitabas traicionarte a ti mismo?

Alberto.—Eso no. Yo lo había traicionado todo antes; vivía en perpetua traición. De lo que me enseñaba mi maestro, aquél don Joaquín inmenso, insuperable e inolvidable, no quedó nada, no podía quedar nada. Sorolla hubo uno, y ya no habrá más, ni parecido. Su escuela era él, él solito, su visión, su pincel, su genio, y pintar como él, sin llegarle, era morirse de hambre. Cuando encontré a Rosa María ya estaba yo donde todos mis compañeros, lejos del sol, lejos del aire, lejos de la verdad, y había dejado la gloria de la luz por esa pintura negra del estudio, con sus chafarrinones, sus sombras de chocolate y sus mentiras. ¡Qué iba a hacer! ¿Pintor de retratos? ¿Pintor de moda? ¿Traicionar mi arte por la vanidad de unas mujeres ridículas que no saben ni desconocerse en un lienzo? Preferí venderme a mi amor, traicionarme por amor, y aquí me tienes. Soy el modisto pictórico, el modisto literato, así me dicen, y ahora mismo, dentro de un mes, emprendemos Rosa y yo una jira por provincias, ella exhibiendo sus modelos en un teatro, y yo mis figurines, y comentándolos, dando conferencias...

Felipe.—Pero, hombre....

Alberto.—Y basta ya, al fin. Basta de intrigas y de adulaciones y de alabar a los compañeros sin admirarlos, y de acatar a los críticos sin creer en ellos. Ya estoy fuera del arte; fuera de eso que ellos llaman la vida artística, y fuera para siempre, gracias a Dios.

Felipe.—¡Y gracias a una sola mujer! Te desconozco, Alberto. Tú, convertido en el hombre de una sola mujer. Tú, que siempre me decías que la monogamía era una aberración y una enfermedad; que el hombre normal era polígamo por excelencia; substancialmente polígamo...

Alberto.—Y te lo sigo diciendo. Mi corazón es una cosa; mis sentidos, otra. Yo puedo...

Felipe.—¿Ah, sí? De manera que una línea divisoria, ¿eh? Una para tu cariño y otra para tu gusto... ¡Pues estás lucido!

Alberto.—Hombre, ahora soy yo el que te desconoce. Tú que te enredaste no sé con cuántas.

Felipe.—Con diez y siete. Me enredé con diez y siete. No se me olvidan. Por eso te digo que te puedes lucir. Yo he puesto diez y siete alcobas, diez y siete gabinetes, diez y siete comedores y diez y siete cuartos de baño, a diez españolas, tres rusas, dos francesas, una italiana y una neoyorquina, la última, que me quitó el tipo. Me hicieron hacer hasta versos. Y la última, una estrofa humorística que era la renunciación: Oyela:

Porque su deber no olvida
y piensa en el bien y el mal,
y en juntar pronto un caudal
que se come una querida,
el hombre es un animal
que ha entristecido la vida.

Conque aplícate el cuento, que con el ejemplo predico. Ahora, sólo, y a gastarme en el retiro la renta de mi jubilación. En mi casa, una criada tan vieja como yo, y nada más. Mujeres..., ni de visita.

Alberto.—Hombre.

Felipe—Ni de visita: ni mecanógrafa, ni cigarrera que líe pitillos a domicilio, ni lavandera, ¡nada! Un día se dejan un pañuelo, otro día el bolso, o un cinturón, o una liga que se les cayó el diablo sabe cómo..., y otro día llega el baúl. A eso me refería cuando te interrumpí, el baúl, ¡la instalación!

¡Ca! Eso no. La ropita en casa, no. En mi casa no hay más ropa que la mía. Y te dejo. Tengo que pasarme todavía por el ministerio de Estado. Vendré a almorzar mañana y hablaremos de todo.

ALBERTO.—Bueno; pero dime donde vives; yo iré a buscarte mañana, nos damos un paseo a pie...

FELIPE.—¡Un paseo a pie! ¡Ca, hombre! Qué tontería. Yo no paseo. Yo imito a los animales superiores. El hermano tigre y el hermano león. ¿Tú has visto alguna vez un tigre que pasee?

ALBERTO.—Hombre.

FELIPE.—El tigre anda solo para buscar la comida o para buscar la hembra. Después, nunca. La comida la tengo en casa; la hembra... ¿Pero es que sirve para algo la hembra? Porque yo no recuerdo. Y no creas que lo digo alegre, que no hay pena más grande que haber visto y no ver... Adiós, muchacho.

ALBERTO.—Deja, te acompaño hasta la puerta.

FELIPE.—¡Ah!, una cosa, para eso somos de confianza. Yo vengo a almorzar mañana...

ALBERTO.—Y todos los días mientras estemos en Madrid...

FELIPE.—Pero después de almorzar me dejas dormir mi siesta aqui mismo...

ALBERTO.—Desde luego: tú comes y te tumbas: como el tigre...

FELIPE.—¡Esto es! Como el tigre... Ja, ja, ja... (*Mutis los dos izquierda.*)

ESCENA VIII

ALBERTO e IRENE, izquierda.

(*La escena sola un momento. Alberto vuelve a salir. Enciende un pitillo; se asoma al escritorio; va luego a la puerta de la derecha y escucha un momento. Suena un timbre dentro.*)

ALBERTO.—(*A la puerta de la derecha.*) Como un tronco. ¡Menos mal! (*Cuando va a bajar al escritorio aparece Irene. Viendo a Irene.*) ¿Tú? ¿Cómo estás aquí? ¿Quién te ha abierto?

IRENE.—La criada.

ALBERTO.—¿Pero ha vuelto ya?

IRENE.—¿No te digo que me ha abierto?

ALBERTO.—¿Y por qué vienes ahora y no viniste esta mañana?

IRENE.—¿Recibiste mi carta?

ALBERTO.—Sí, y no la entiendo.

IRENE.—Pues bien clara estaba. ¿La conservas siquiera?

ALBERTO.—Si...

IRENE.—Menos mal.

ALBERTO.—Pero no me la explico. Y ahora me lo vas a explicar tú. No hay nadie en casa, de modo...

IRENE.—Ya lo sé.

ALBERTO.—¿Qué sabes?

IRENE.—Que no hay nadie más que el viejo. Sabía que la maestra saldría a probar hoy por la mañana y que Laurá la acompañaría... He aguardado a que saliera ese caballero a quien encontré en la puerta cuando iba a llamar. He subido al otro piso para que no notara, espié en el descansillo... ¡Quería hablar contigo, Alberto!

ALBERTO.—Yo también quiero que hablemos. Y lo primero que me expliques tu carta. Me dices en ella que me adoras y que tu única tristeza es que no haya sido yo el primer amor de tu vida. Hasta hace una semana me dijiste todo lo contrario. ¿Cuándo has mentido? ¿Ahora, al escribir? ¿Por qué callas? ¿Mentiste antes?

IRENE.—¿Te ha hecho mucho daño mi carta?

ALBERTO.—No lo sé. ¿Pero si yo te dijera que sí, qué dirías?

IRENE.—Te preguntaría dónde has sentido el daño: ¿si en tu corazón o en tu vanidad de hombre? ¿Te importa no haber sido el primero porque me quieres o por tu orgullo?...

ALBERTO.—Basta, Irene. Yo no puedo explicarme tu conducta, y mucho menos tu cinismo...

IRENE.—Lo he aprendido de ti.

ALBERTO.—¿De mi?

IRENE.—De ti, de ti he aprendido muchas cosas, y ninguna buena; porque a quererte, no me has enseñado tú...

ALBERTO.—Bueno, acabemos. Ante todo te advierto que si has querido herirme en mi vanidad de hombre, te equivocaste. Yo no te creo; yo no creo en tu carta; yo estoy seguro...

IRENE.—Y así es: la carta miente...

ALBERTO.—Pues ahora me la explico menos. Esto no puede seguir así. A mí no me marea ni tú ni nadie, y comprenderás que cuando se tiene una amante con la cual se riñe a todas horas, no vale la pena de un amor que más se parece al odio que al cariño.

IRENE.—¿Te acuerdas de lo que me dijiste anteayer? Hay en

nuestras sensibilidades demasiados puntos de contacto, y tenía que resultar esto, la hostilidad.

ALBERTO.—¿Ah, pero también frases?

IRENE.—Son tus palabras.

ALBERTO.—Pues olvídalas.

IRENE.—Yo no puedo olvidarme de nada tuyo. Tranquilízate, he mentido en mi carta. Yo no he besado a nadie en el mundo más que a ti. Pero como cuando te dije que era menor de edad te apuraste tanto, y con razón, porque tu eres un hombre libre.

ALBERTO.—Tú sabes que no.

IRENE.—¡Libre! Rosa María no es tu mujer y mis padres hubieran podido obligarte.

ALBERTO.—¿A casarme contigo? ¡Vamos!

IRENE.—A reparar por lo menos. Ahora ya no, con esa carta no; ella es tu seguridad. Con ella te pruebo que de mi no te vendrá ningún daño.

ALBERTO.—¡Ah!

IRENE.—¿Eso es todo lo que me dices?

ALBERTO.—Tienes razón, perdona. Perdóname y gracias.

IRENE.—No te acerques...

ALBERTO.—Pero, nena...

IRENE.—No te acerques. Si me tocas, si me acaricias, yo no podré defenderme, ya ves que lo confieso, y quiero defenderme, quiero que hablemos. Necesito que hablemos. Tengo en el oído y en el corazón tus palabras de nuestra última cita. Te quejaste de mi mal carácter para justificar el tuyo; llegaste a decirme que en el fondo nos odiábamos, que sólo nos juntaba el vicio...

ALBERTO.—Yo...

IRENE.—Sí; eso dijiste, yo no me olvido; y ahora me importa demostrarte que no es verdad. Si crees que estoy rabiosa por celos, crees bien. Si, tengo celos. Y yo sé también que son mis celos los que te exasperan, porque tienes miedo de ellos, y has de perderlos el miedo, y has de mirarlos cara a cara, porque yo no puedo más. Sí, tengo celos, tengo celos, tengo celos, y no puedo más, porque te quiero, y no puedo repartirte con nadie, y por eso no he venido esta mañana a mi trabajo, porque no quiero ver más a Rosa María...

ALBERTO.—¡Te prohibo que la nombres!

IRENE.—Yo no la ofendo...

ALBERTO.—Pero yo te prohibo nombrarla. Y como va a vol-

ver de un momento a otro, haz el favor de irte inmediatamente.

IRENE.—No. Porque a hablar con ella he venido...

ALBERTO.—A hablar...

IRENE.—Sí, a despedirme de su taller. Contigo o sin tí, bien o mal nosotros, yo no quiero estar en esta casa ni un día más.

ALBERTO.—Como tú quieras. Es más, me parece muy bien. Yo te daré cuanto necesites y nos veremos fuera.

IRENE.—Eso no. Así, no.

ALBERTO.—Mira, Irene, que tú no tienes derecho a nada.

IRENE.—Yo...

ALBERTO.—¡A nada! Yo no te he engañado nunca, tú sabías la situación cuando te entregaste a mí; sabías la forma que podían tener nuestras relaciones; yo no te mentí nunca; yo no te dije nunca que te quería...

IRENE.—Pero yo sí... y te quiero, te quiero con toda mi alma, y entonces yo no sabía como iba a llegar a quererte; hasta esto, hasta no poder soportar que vivas con otra, hasta morirme de celos, hasta preferir antes perderte del todo...

ALBERTO.—Y me perderás. De tí depende.

IRENE.—¿De mí?

ALBERTO.—Sí, yo no puedo engañarte. Ni con llantos, ni con amenazas, ni con nada, ¿entiendes? con nada, y clávate esto en los sesos para que no se te olvide, conseguirás que yo abandone a Rosa María, que es mi compañera hace ocho años, entiendes, mi madre, mi hermana, mi mujer, todo para mí, y a quien nunca volverás a nombrar ni para bien ni para mal, nunca. ¿Lo oyes bien? ¡Nunca! Ahora tú puedes contar con mi ayuda, con mi protección, con mis caricias, fuera, donde sea, o como estamos ahora, sin cambiar las cosas. Y si crees que eres mi vicio, creélo. Después de todo si eso eres, eres lo mejor de mí mismo...

IRENE.—¡Canalla!

ALBERTO.—Irene.

IRENE.—Canalla, sí. ¡Eres un canalla! Yo no te quería, yo no me enamoré de tí; yo me entregué por la fuerza...

ALBERTO.—¿Tienes el valor?...

IRENE.—Por la fuerza, sí, por miseria; porque los míos no tenían qué comer y comprendí que si no cedía a tu capricho me harías echar del taller. Y no hubiera sido la única, como no he sido la primera... ¡Ya ves si eres un canalla! ¡Un canalla!

ALBERTO.—Basta, basta, te lo ruego. Ahora sí que ya no te-

nemos nada que decirnos. Es cuanto me quedaba por oir. ¡Que has sido mía por la fuerza! Y yo he creído que me querías. Sí. Lo creí, y era feliz creyéndolo. ¡Ah!, no; por eso no; así no. Yo no quiero que tu sacrificio sea inútil. ¿Fué por necesidad? Pues yo la satisfaré. Yo te daré dinero, mucho dinero, lo que no tengo. Robaré si es preciso. Ahora sí, que me has herido en mi vanidad, en mi orgullo, en cuanto tengo de hombre. ¡La vida hubiera dado por no oír de tus labios lo que he oído! ¡Qué por la fuerza! ¡Por la fuerza! (*Irene rompe a llorar con un llanto convulso.*) ¿Pero por qué lloras, maldita?

IRENE.—(*Sin dejar de llorar.*) Porque te quiero... ¡Te quiero con toda mi alma!

ALBERTO.—(*Acercándose.*) Mira, Irene, basta, sabes. Cállate ya...

IRENE.—(*Levantándose.*) Sí..., calla tú; han abierto la puerta... Vuelve... Siéntate, sentémonos..., ¡por Dios!... (*El va a la mesa y coge un figurín.*)

ESCENA IX

Dichos y ROSA MARIA

ROSA.—Vaya, aquí estoy... ¿Irene? ¿Cómo usted por aquí a esta hora?

IRENE.—Muy buenos días... La esperaba a usted...

ROSA.—¿Y por qué no ha venido usted esta mañana? ¿Qué le pasa?

IRENE.—Nada, señora... Vengo a despedirme... Le iba a escribir, pero no me atreví... Mis padres quieren que me establezca por mi cuenta, y como ellos mandan... pues...

ROSA.—¿Y lo han resuelto así, de repente?. .

IRENE.—De repente no, señora.

ROSA.—Además, ello no justifica que faltase usted a su obligación esta mañana... Supongo que no se irá usted sin darme los días a que está obligada... ¿O es que pensaba usted irse hoy mismo?

IRENE.—La verdad..., yo no había caído en ello; pero si la señora quiere...

ROSA.—No quiero nada. Puede usted marcharse ahora mismo. Como mi hermana no está, me hará usted el favor de venir más tarde a la tienda para que la liquiden.

IRENE.—Señora, yo...

ROSA.—O mejor le mandaremos el dinero a su casa, para que no se moleste.

IRENE.—¡Oh, señora, no corre prisa!

ROSA.—A mí sí. A mí me corre prisa pagar lo que debo.

IRENE.—Como usted guste. Entonces, señora...

ROSA.—Vaya usted con Dios.

IRENE.—Buenos días. Buenos días, señor.

ALBERTO.—Adiós, Irene. (*Esta mutis calle.*)

ESCENA X

ALBERTO, ROSA, luego la DONCELLA, al fin LAURA.

ALBERTO.—La has dejado con la palabra en la boca. ¡Pobre muchacha!

ROSA.—¿Pobre? (*Quitándose el sombrero.*) ¡Lagarta! Como todas. Vino a que le enseñaran el oficio y le pagaran encima. ¡Pobre yo! (*Transición.*) ¿Y papá? ¿Cómo ha seguido?

ALBERTO.—Me asomé hace un instante; dormía profundamente. ¿Y Laura?

ROSA.—Se quedó en casa de los Rodríguez comprando unas telas. Me echó. Como yo no sé regatear...

DONCELLA.—(*Por la izquierda.*) ¿Dan su permiso los señores? Ya he vuelto. Pero traigo una mala razón.

ALBERTO.—La tortuga.

DONCELLA.—Sí señor, señorito...

ROSA.—¿Qué le pasa a la tortuga?

DONCELLA.—Murió, señorita.

ROSA.—¿Qué ha muerto? Pero, ¿cuándo, cómo?

DONCELLA.—Llevaba días sin aparecer... Yo avisé al señor y a la señorita Laura...

ROSA.—¡Ay, válgame Dios!

DONCELLA.—Ya me maliciaba yo algo malo. Debajo del aparador de la cocina estaba, sólo que no se movía y, con la escuridá yo no la veía... Y allí estaba; sólo que muerta. ¿Quiere la señora que la traiga?

ROSA.—No, déjala, tírala... Basta que a mi me gustase...

DONCELLA.—Si los señores no mandan otra cosa...

ALBERTO.—Anda, anda, ve... (*Mutis doncella.*) Bueno, Rosa, no es para ponerse así... Un bicho tan feo...

ROSA.—Sí, insúltalo también ahora...

ALBERTO.—Después de muerto, ¿verdad? Vamos, vamos, mujer...

Rosa.—A mi me gustaba. Me la regaló Conchita Supervía, y ese mismo día te conocí. Me trajo suerte...

Alberto.—Vamos, no seas supersticiosa. (*Timbre.*) Ahí está tu hermana. Anda; que preparen el almuerzo... No vale la pena. Yo te compraré otra...

Laura.—¿Qué, he tardado?

Rosa.—¿No sabes? La tortuga ha muerto, pobrecita.

Laura.—Pobre bicho. Es un caldo magnífico, te advierto.

Rosa.—Déjalo, Laura; no te guasees tú también. Mejor será que veas si está el arroz. ¡Alberto tiene hambre!

Alberto.—Van a dar las dos.

Laura.—En seguida. Trae. (*Se lleva el sombrero de Rosa y hace mutis derecha.*)

Rosa.—¡Ay, Dios mío! ¿Se morirá papá?

Alberto.—¡Pero, chica! Se morirá como yo, y como tú, y Laura... ¡y como la tortuga! Todos nos moriremos; pero a pesar de que andamos más aprisa tardaremos bastante más. Anda, no me amargues el almuerzo. Aunque se haya ido seremos felices.

Rosa.—Aunque se haya ido, ¿quién?

Alberto.—¡La tortuga!

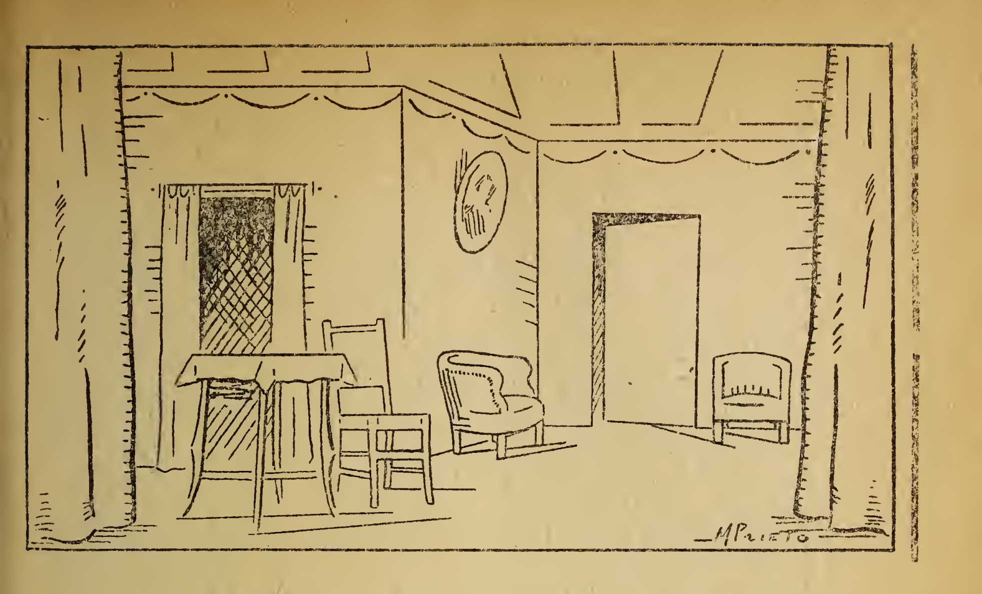
Rosa.—¡Tonto!

Alberto.—Anda, dame un beso. (*La coge de los hombros. Ella lo mira.*) ¿Por qué me miras así? ¿Qué tengo?

Rosa.—Nada. Ojos de gato. ¡Tienes ojos de traidor! (*Le coge la cabeza con ambas manos y lo besa.*)

TELON





ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Habitación de un hotel de San Sebastián. Laterales de cortinas lo mismo que en el acto anterior. Foro, a la izquierda, con batiente practicable (a la calle). A la derecha, puerta achaflanada a la derecha, al interior, otras habitaciones.—Sofá. Mesa escritorio. Sillas volantes.—Es de noche, las once, más o menos.

ESCENA PRIMERA

ROSA MARIA, LAURA y ALBERTO

(Rosa María cierra la maleta que hay en el sofá del fondo. Alberto, en la mesa, mete unos papeles en su cartera. Laura sale en este momento por la derecha.)

ROSA.—Bueno, esto ya está. Llevas seis mudas.
ALBERTO.—¿Y los libros?
ROSA.—Los libros también.
ALBERTO.—¿No se te olvida nada?...
ROSA.—*(Saliendo.)* Nada...
LAURA.—*(Saliendo.)* Nada. Nada más que el neceser.

ROSA.—¡Ay!, es verdad...

ALBERTO.—Espantárame yo. ¡Criatura más olvidadiza!

ROSA.—Trae, trae. (*A su hermana.*) Tiene una tantas cosas en la cabeza.

LAURA.—Y tan poca cabeza...

ROSA.—Trae, mujer, trae... (*A Alberto.*) Quien no debe olvidarse eres tú de que la primera conferencia y exhibición de modelos en Vitoria es el 13. A ver si te entretienes en Madrid...

ALBERTO.—¿Qué dices? Pero si estaré apenas un día. Luego dos en París...

LAURA.—¿Y por qué no va usted a París antes?

ALBERTO.—Porque Bellot está en Madrid y tengo que hablar con él. De todas maneras las encuentro aquí todavía... Bueno, ¿está ya?

ROSA.—Ahora sí. Llamaré al criado...

ALBERTO.—No, no, trae... (*Le coge maleta.*)

LAURA.—Pero, ¿se va usted ya? Si falta más de una hora para el tren...

ALBERTO.—Voy en el auto de Fernando Carrizo. Vamos juntos y estamos citados a las once en el garage... Hasta luego, Laura.

LAURA.—Buen viaje.

ALBERTO.—Adiós, compañerita. (*Besa a Rosa.*)

ROSA.—(*Acompañándole al foro.*) Que te cuides, que no tardes... Adiós... (*Alberto ha hecho mutis.*)

ESCENA II

ROSA MARIA y LAURA

ROSA.—¡Ay! (*Suspirando.*) Dichoso él que se va a Madrid. (*Se sienta perezosamente en un sillón.*)

LAURA.—Por un día, chica...

ROSA.—Y a París luego.

LAURA.—Por dos. Ya iréis juntos.

ROSA.—Sí, iremos todos... (*Mira su reloj de pulsera.*) Las once nada más. ¡Qué noche más larga!

LAURA.—¿Qué te pasa, Rosa?

ROSA.—¡Uf, me aburro!

LAURA.—Pues acuéstate.

ROSA.—¿A esta hora? No tengo sueño.

LAURA.—Pues lee, haz algo. Malo es aburrirse. ¿No tienes nada qué hacer?

ROSA.—Nada.

LAURA.—¿Y el traje azul que pidió la marquesita?

ROSA.—¡Ay, es verdad! ¡No me acordaba! ¡Qué fastidio!

LAURA.—¡Pero, mujer! ¡Te olvidas de todo! ¡Un día te va a pasar un chasco! ¡No nos quedan más que tres días en San Sebastián! ¡Tú verás!

ROSA.—Ahora mismo lo acabo.

LAURA.—¿Quieres que te ayude?

ROSA.—No, deja. Acuéstate tú si quieres; tú sí que tienes sueño.

LAURA.—Me voy; pero no a acostarme. Todavía tengo que pasar al libro las ventas de ayer y la entrada del teatro de la última conferencia. Vaya. Buenas noches, hermana.

ROSA.—Pasa de puntillas, no se despierte papá.

LAURA.—Descuida. Hoy ha dormido todo el día. ¿No será malo?

ROSA.—¿Por qué? Por lo menos descansa, y nos deja descansar. ¡Pobrecito!

LAURA.—Lo peor será que despierte y nos dé la noche.

ROSA.—No lo quiera Dios. Me da tanta pena cuando lo veo desasosegado y nervioso... ¡En fin!...

LAURA.—Buenas noches. Si algo ocurre me despiertas, me llamas... Bueno. ¡Que trabajes mucho!... (*Mutis puerta derecha.*)

ROSA.—Que descanses. (*Pausa breve. Rosa suspira. Se levanta con gran pereza y hace mutis por donde se fué Laura. Vuelve a salir inmediatamente, con un traje azul en las manos y una cesta, neceser de costura. Se sienta, da un par de puntadas y se detiene pensativa, ensimismada, como ausente. De pronto arroja el traje sobre la mesa y vuelve a hacer mutis y a salir otra vez con un cabás, que abre sobre la mesa; saca de él un par de cartas, sin sobre; lee una, sonríe; las pone en la mesa y se dispone a escribir. Unos nudillos golpean a la puerta del foro.*) ¿Quién? (*Llaman otra vez.*) ¿Quién es? (*Insisten en llamar. Sobresaltada deja todo en la mesa y va a abrir.*) ¡Oh! ¿Pero quién es?

ESCENA III

ROSA MARIA, que abre la puerta del foro, y Alberto en ella.

ROSA.—¿Cómo tú? ¿Y eso?...

ALBERTO.—Hay para media hora antes de que esté listo el auto y he venido a pasarla contigo.

ROSA.—¿Y la maleta? ¿Y el impermeable?

ALBERTO.—Los dejé en el garage. (*Avanza hacia la derecha. Rosa queda en segundo término izquierda.*) ¿Qué hacías? ¿Estabas cosiendo?

ROSA.—Sí...

ALBERTO.—(*Maquinalmente se ha acercado a la mesa y coge una de las cartas.*) Y esta carta...

ROSA.—(*Con un grito ahogado.*) ¡Ay, no! ¡Alberto!...

ALBERTO.—¿Eh?

ROSA.—No la leas, no...; esa carta no es mía... ¡No, no! (*Se va a él y se la quita de la mano. Alberto la coge de los puños y forcejean.*)

ALBERTO.—Suelta, suelta...

ROSA.—No, no; yo te juro que esta carta no es mía... No. ¡Ay!... (*Alberto le muerde la mano y Rosa suelta el papel, que Alberto coge del suelo. Mientras lee, Rosa corre a la mesa y rompe la otra carta.*)

ALBERTO.—¡Rosa! (*Espantado.*) ¿Qué es esto?... ¿Por qué has roto esa otra, miserable!... (*Va hacia ella.*)

ROSA.—Yo te juro...

ALBERTO.—Calla, no mientas más...

ROSA.—Yo no miento; esas cartas... (*La tiene cogida.*)

ALEBRTO.—No hables si no es para confesar. Confiesa. ¡Eso eso es lo que quiero! ¡Confiesa! ¿Qué has hecho de mí? ¿Por qué lo has hecho? Dime quién es este cobarde que no se atreve a firmar...

ROSA.—No es mía, ¡ay, Dios! no es mía...

ALBERTO.—Eres una infame. ¡Habla, habla! (*Se lanza a ella y la coge del cuello arrimándola a la pared.*) ¡Perdida!... Te mat... (*La suelta.*) ¡Ah, no! (*Con asco.*) ¡Qué voy a matar! ¡Qué iba yo a matar! Si estás muerta. Si has muerto ya dentro de mí. Si no eres nada, nada... ¡Una muerta, una muerta! (*Cae llorando en un sillón.*)

ROSA.—No, Alberto, no; yo no puedo más. Yo digo la verdad. Esas cartas son..., son de mi hermana... Ella me las dió...

ALBERTO.—¡Mientes!

ROSA.—Yo te juro...

VOZ DEL PADRE.—(*Dentro.*) ¡Rosa María, hija!... (*Pausa.*)

ROSA.—(*En voz baja.*) Alberto, escúchame.

VOZ DEL PADRE.—(*Dentro.*) ¡Rosa María! ¿Qué pasa? ¿Estáis riñendo?...

ALBERTO.—Ve..., ve...

ROSA.—¡Oh!, no, deja. Yo quiero decirte que...

VOZ DEL PADRE.—¡Rosa María!

ALBERTO.—Vete te digo. ¡Vete! (*Alberto solloza, sentado, otra vez. Rosa María vacila y hace mutis hacia donde sale la voz. Alberto se levanta de pronto y recoge febrilmente los pedazos de la otra carta rota. Un momento ante la mesa quiere reconstruirla; pero no puede y se guarda los pedazos en el bolsillo. Luego desarruga la otra y lee.*) No, no cabe dudar. ¡Y yo confiado, ciego! ¡Y de repente, así como un mazazo! ¡Y no saber quién es! ¿Quién, Dios mío? ¡Nadie! ¡Nadie! El anónimo. Una inicial que nada dice. Sólo el dolor, sólo la infamia es cierta. ¡Dios mío! (*Cae llorando en la butaca.*)

ESCENA IV

ALBERTO, ROSA. Luego LAURA (salto de cama).

ROSA.—Alberto... ¡Oh, no! Esto no. No llores así, por Dios, yo no quiero que llores. Yo no puedo soportarlo, Alberto. Yo te digo la verdad... Mira, aquí está Laura...

LAURA.—¡Alberto, perdón!... Yo soy la única culpable.

ALBERTO.—¿Confiesa usted, confiesa? (*Se levanta.*)

LAURA.—Puesto que ya lo sabe usted.

ALBERTO.—Los sobres. ¿Dónde están los sobres?

LAURA.—Los rompí. Las cartas venían a lista.

ALBERTO.—¿Dónde fué? ¿Quién fué? ¿Cómo se llama?

LAURA.—No me pregunte usted..., usted...

ALBERTO.—¿No tengo derecho? ¿No era mi casa la que usted manchaba?

LAURA.—Perdóneme. Yo estaba sola, lejos de mi marido...

ROSA.—Sí, Alberto, ella la pobre...

ALBERTO.—Cállate, calla tú. No la defiendas; que se defienda ella... Hable..., hable... ¡Ah, pero usted no se defiende, no sabe defenderse, porque miente.

LAURA.—Yo...

ALBERTO.—Sí, miente. Esas cartas iban dirigidas a Rosa.

ROSA.—Mi nombre no está en ellas...

ALBERTO.—No importa. Está claro...

LAURA.—Yo le aseguro a usted...

ALBERTO.—No mienta usted más. De todas maneras es usted culpable. Si engaña y encubre, más todavía. Y tú, miserable... tú... ¡Oh! A ti no te mato por no mancharme. Y debía ma-

tarte. No por mi honor, no; eso no me importa, eso no cuenta, ni tú puedes mancillarlo. Por mi amor, entiendes, por este amor que era el regalo de un dios y que tú no merecías.

Rosa.—Alberto, por favor...

Laura.—Alberto.

Alberto.—(*Cogiendo su sombrero.*) ¡Se acabó, se acabó!

Rosa,—Yo te ruego que no te vayas así...

Alberto..—Yo te ruego que no me toques, que no te acerques. ¡Te lo mando!

Laura.—¡Alberto, por favor!

Alberto.—¡No me hable usted más! (*Gritando.*) ¿Lo entiende?

Rosa.—¡Ay, Dios mio! Que es un escándalo, que van a oír los criados, que se enterará todo el mundo...

Alberto.—Que se enteren, no me importa.

Laura.—Pero es que...

Alberto.—Yo no puedo dar un pretexto para no ir... Yo no puedo quedarme aquí en medio de esta vergüenza...

Rosa.—Alberto...

Alberto.—Déjame, deja... (*Mutis foro violentamente.*)

Rosa.—Alberto... (*Se le rompe la voz y repite llorando.*) Alberto, Alberto...

Laura.—¡Qué has hecho, hermana, qué has hecho! ¿Cómo es posible que tú?

Rosa.—No me preguntes, no me atormentes.... ¡Déjame tú también!

Laura.—¿Pero ha sido? ¿No fué sólo un flirt? Fué algo más grave... ¡Habla! Dime algo. Dime...

Rosa.—(*Gritando.*) ¡Sí! ¡Ya lo sabes! Me parece mentira; pero fué, sí, fué... ¡Ah, no, no! Yo no acierto...

Laura.—¿Pero qué quieres ahora? ¿Dónde vas a ir?

Rosa.—Tras él, donde sea. A Madrid, a París, al fin del mundo... Ahora mismo sale un tren. Mi gabán y mi sombrero, pronto...

Laura.—¡Pero, Rosa!

Rosa.—Yo no sé vivir sin él. ¡Es toda mi vida! ¡Ay, madre mía! ¡No sé qué hacer, no sé qué hacer!

Laura.—Calma, calma, Rosa...

Rosa.—¡Es toda mi vida lo que se rompe; toda mi vida! (*Llora.*)

Laura.—Bueno, bueno. Anda, ve. Toma el tren, síguele a Madrid, si quieres. Yo me quedaré con papá. Pero prepárate para todo. Si te perdonara, que no lo espero, no tengas

a debilidad de confesar. No confieses nunca, ¿entiendes?, nun-
a. Si tu arrepentimiento es sincero, Dios perdona la mentira.
Yo confieses, lo destruirías todo. Echame la culpa a mí. In-
iste. Si mi marido lo supiera cuando vuelva... A él, sí. Y
l se convencerá... ¡Me conoce!

ROSA.—(*Abrazándose a ella.*) ¡Hermana, gracias..., hermana! Qué va a ser de mí!

LAURA.—Anda, anda, calla, ve.

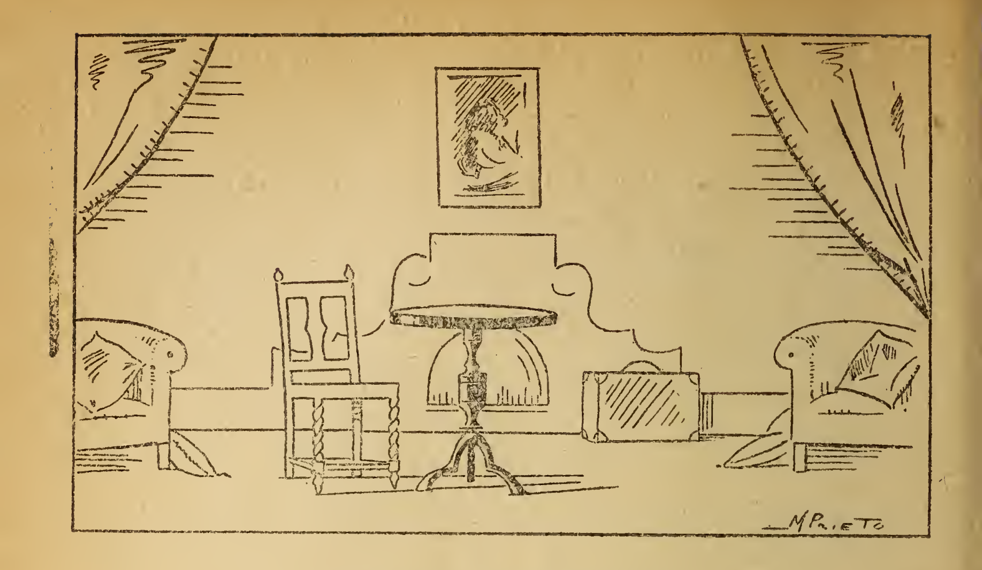
VOZ DEL PADRE.—(*Dentro.*) ¡Rosa María, hija! ¡Rosa María!

TELON CORTO

FIN DEL PRIMER CUADRO

(*Mutación.*)





CUADRO SEGUNDO

A la mañana siguiente.—Salita en casa de don Felipe.—Puerta al foro. Sobre ella una panoplia pintada. Una biblioteca pintada. Mesa centro. Un par de sillones. Laterales de cortinas.

ESCENA I

DON FELIPE, sentado; con batín y en zapatillas.—ALBERTO, sentado también; pero agitado y febril.

ALBERTO.—Y nada más, Felipe; nada más, Felipazo de mis buenos tiempos. Yo recurro a tu amistad...

FELIPE.—Bien, hombre, bien; pero no hacen falta esos extremos.

ALBERTO.—Yo sólo te pido eso; una hospitalidad de unos dias, diez, quince, lo que dure este estado de cosas, esta pequeña nube... Sólo no sabría estar.

FELIPE.—Bueno, hombre; quince días, un mes, todo el tiempo que quieras. Y cuanto más tiempo sea, yo más contento. Por ti. Te aleccionará mi experiencia. Yo he tenido diez y siete mujeres distintas y un solo infierno verdadero. Ahora verás en esta casa ¡qué paz, qué silencio divino! ¡Mira que he sido imbécil! ¡Con lo feliz que yo hubiera podido vivir tantos años

solo, o con un amigo como tú! Nada, lo de mis versos: ¡El hombre es un animal que ha entristecido la vida!

ALBERTO.—Perdona. Comprenderás, que no estoy para bromas.

FELIPE.—¿Ah, no?

ALBERTO.—No.

FELIPE.—Pues mira: entonces, muy seriamente, lo más serio posible, te diré que mientes.

ALBERTO.—¿Que miento?

FELIPE.—Por lo menos me ocultas la verdad.

ALBERTO.—¿Yo? Pero por qué...

FELIPE.—¡Ah, eso tú lo sabes!

ALBERTO.—Si no te pregunto eso. Sino por qué piensas que miento.

FELIPE.—¡Toma! Porque se ve. Por tu cara, por tu actitud, por el tono de tu voz. ¡Qué sé yo!

ALBERTO.—¡Ah! (*Levantándose.*) ¿Pero es que hay algo especial en los ojos del que miente? ¿Es que suenan distinto la mentira y la verdad? ¿Es que tú sabes distinguirlas? ¿Y cómo? ¡Dímelo! ¿Cómo? ¿Es que se puede saber, Dios mío, quién miente y quién no? ¿Se puede saber?

FELIPE.—No siempre; pero ahora ya veo... ¡Yo sé que tú mientes!

ALBERTO.—No...

FELIPE.—¡Sé que mientes! No fué una riña así como así; no fué una pequeña nube. Fueron celos... ¡Sí! ¡¡Sí!! Tú tienes una sospecha, y una sospecha grave. ¿No? ¿Callas? ¿Tienes entonces más? ¿Tienes una certeza?

ALBERTO.—Sí. Más. Más digo yo ahora, mucho más. Tengo la duda...

FELIPE.—¡Ah!, pero eso...

ALBERTO.—Es más, mucho más; porque saber es... eso, saber, vivir o morir; pero dudar es estar muriendo. Y como dudo de ella, ¿entiendes?, de ¡ella!, que era algo mío, mío, tan mío como el color de mis ojos; como mi puño cerrado..., como mis pasos, que los ando y los desando cuando quiero; como mi aliento, como mi voz, como esta voz con que digo, y afirmo, y repito, yo, yo, yo! (*Se golpea fuertemente esl pecho.*)

FELIPE.—Calma, calma...

ALBERTO.—Que es como si dijera ella, Rosa, porque ella era yo, yo mismo. ¿Entiendes? Al dudar de ella, dudo de mí. ¡De mí! Porque ella era una cosa mía, una criatura mía, que yo había creado, y moldeado, y amasado con mis propias manos... ¡Y no! No era así, y ahora ya dudo de mí mismo, porque no

es así, no es como yo creía! ¡Y así estoy que vivo sin vivir, como si hubiese perdido con la fe en ella la fuerza de mi propio corazón. El corazón entero, vamos. ¡Como si se pudiera vivir sin él!

FELIPE.—Se puede vivir siempre. Es decir, no debe uno dejarse morir. Pero, ven acá. Hablemos con calma. Cuéntame. Esa duda nace..., claro está, como todas, de una sospecha; pero, ¿de cuál? ¿En qué se basa? ¿Qué ha ocurrido? ¿Tienes un indicio seguro? ¿Una prueba?

ALBERTO.—Otelo también pedía una prueba, y la tuvo, y mató..., ¡y la prueba era falsa!...

FELIPE.—¡Ah, vamos! Es que no quieres tener la prueba! Y si la tienes no quieres creer en ella. Te asusta creer y te avergüenza no creer. Vuelve en ti. Has de saber. ¡Saber algo!

ALBERTO.—No puede ser, no puede ser...

FELIPE. Y, sobre todo, saber lo que necesitas saber de ti mismo.

ALBERTO.—No te entiendo.

FELIPE.—No importa. Entiéndete a ti mismo. Un indicio, una sospecha, la más leve, le suele bastar a un hombre que es hombre para separarse inmediatamente de la mujer de quien desconfía. Es lo más derecho y lo más claro: en la duda...

ALBERTO.—Abstente, sí, pero abstente también de castigar.

FELIPE.—No castigues: sepárate, deja.

ALBERTO.—Con un motivo real, con una prueba, ¡bien! Pero por un error, por una injusticia, ¿cómo?

FELIPE.—Por eso te digo que te preguntes a ti mismo. Tú quieres... y no quieres dejarla. A dejarla te empuja el concepto del honor...

ALBERTO.—¡Oh, eso!...

FELIPE.—¡Nada más! El concepto del honor, como un peso muerto, ancestral. A no dejarla te mueve el amor, porque todavía la quieres y por eso sufres. ¡Sí! Y luego piensas en los demás, en la opinión, y te avergüenza no dejarla, y te avergüenza que sepan que la dejas porque te engañó. Y eso es lo que yo te pregunto, y lo que tú debes preguntarte: ¿qué quieres? ¿Crees en el engaño o no crees? ¿Te das razones a ti mismo para no creer? ¡Decídete!

ALBERTO.—¡Decidirme!...

FELIPE.—Sí, decídete.

ALBERTO.—No puedo, no sé...

FELIPE.—Pues mira, encógete de hombros y cree lo que más te convenga; pero cree algo... (*Pausa.*) Además, piensa que

esto ya no es tan grave; que los tiempos han cambiado, y hay que ser, ¡qué diablo!, un hombre de su tiempo. Ya nadie se desespera por las liviandades de una loca... Murió. Murió sin que la mataras, que no hay por qué matar a nadie, y no hablemos del honor, que lejos de ella tan limpio... Después de todo tu mal es de muchos, el de tantos...

ALBERTO.—¡Ay, Felipe, Felipe!... Mal de muchos...

FELIPE.—¿Consuelo de tontos vas a decir? Pues no: consuelo de sabios y de humildes que tienen la suprema sabiduría de la humildad. Es no creerse superior, ni invulnerable, ni elegido; el mal de todos ha de ser también el mal nuestro de cada día; es no tener la vanidad de nuestra pequeña desgracia; es pensar: yo soy un hombre como todos, ergo, reparto resignadamente con todos mis semejantes la desgracia de vivir.

ESCENA II

Dichos y ROSA MARIA foro.

ROSA.—(*Dentro.*) No, no, deje usted, no hace falta anunciarme.

ALBERTO.—¿Su voz?

ROSA.—¡Ah, por fin!...

ALBERTO.—¿Qué quieres tú aquí? ¡Cómo has sabido!

ROSA.—¡Por Dios! Venía a buscarte sin ninguna seguridad. Salí anoche en el tren, casi al mismo tiempo que tú... Has debido llegar de madrugada. ¿Por qué no has ido a casa? ¿Dónde has dormido?

FELIPE.—Aquí, señora.

ROSA.—Felipe, perdóneme usted...

ALBERTO.—No tienes nada que hacer aquí, vete...

FELIPE.—¡Alberto!

ROSA.—(*A Felipe.*) Usted no sabe...

FELIPE.—Rosa María, yo no tengo nada que saber. Está usted, están ustedes en su casa.

ROSA.—Gracias... Usted comprende...

FELIPE.—Vamos, vamos. Está usted en su casa; pero coge desprevenido al servidor, y no tengo almuerzo que ofrecerle.

ROSA.—No, no, nos vamos...

ALBERTO.—Yo no, contigo no...

FELIPE.—Tú te callas. Si a usted le parece, comeremos los

tres en un restaurant... Son ustedes mis invitados... Me arreglo en un instante... Sea usted la bienvenida a esta humilde casa. (*Mutis por un lado de las cortinas.*)

ALBERTO.—Basta. ¿Qué quieres de mi? ¿No lo entiendes? ¿No comprendes que todo acabó entre nosotros?

ROSA.—Alberto...

ALBERTO.—Déjame, déjame. ¿A qué has venido? ¿A darle tres cuartos al pregonero? A publicar tu infamia y mi ridículo...

ROSA.—¿Y a qué viniste tú?

ALBERTO.—Huyendo de ti. Pero no he dicho nada, ¿entiendes? Nada. He mentido. He aprendido de ti a mentir.

ROSA.—Alberto...

ALBERTO.—A mentir como una mujerzuela, porque la verdad me abrasaba los labios.

ROSA.—No hables así, Alberto. No hay más que una verdad, ésta: que estoy aquí; que te sigo, que te quiero, que por ti lo dejo todo, hasta mi pobre viejo, que anoche me llamaba desesperado cuando salí en tu busca. ¿Qué otra verdad quieres? ¿Es posible... que así, en un momento, se destruya toda nuestra vida?

ALBERTO.—Tú eres quien la ha destrozado, tú sola quien la has llenado de vergüenza...; déjame, déjame...

ROSA.—Pero, oye, Alberto...

ALBERTO.—Déjame te digo. No quiero oírte, no quiero verte más. Déjame, déjame... (*Llora en el sillón. Rosa María se acerca a él y se arrodilla hablándole.*)

ROSA.—¿Pero lloras? ¿Lloras todavía? ¡Oh, no, yo no quiero que llores, yo no quiero que sufras! ¿Pero no ves que te quiero con toda mi alma? ¿Que me estoy muriendo de pena? ¿Es que lo has olvidado todo en unas horas? ¿Es que puedes vivir sin mí?

ALBERTO.—Sí, sí puedo. (*Se levanta y pasa a la izquierda.*) Tú verás como puedo.

ROSA.—Pues yo no. Y si fuera culpable, admitámoslo, si en un momento de extravío...

ALBERTO.—¡¡Calla!! No digas eso, no lo digas. No te justifiques, no te defiendas...

ROSA.—Si no me defiendo, puesto que tú no habrías de creerme; pero te digo que no puedo vivir sin ti.

ALBERTO.—Calla, calla....

ROSA.—Callaré, pero dime que me quieres todavía...

ALBERTO.—(*Se ha sentado en otro sitio.*) Vete, vete, no te creo...

ROSA.—No me crees..., no creas en nada; pero cree en esto, en lo que ves, en los hechos, en que estoy aquí, a tu lado, llorando. Y soy yo, yo, tu Rosa María; tuya, porque quiero seguir siendo tuya, y es mi voluntad, y nada digo, nada más que esto, esto... que no puedo vivir sin ti, que no sé vivir sin ti, que no quiero vivir sin ti, y aquí estoy, y este es el hecho, y esta es la única verdad que debiera bastarte. ¿Es que no significa nada mi llanto? ¡Estoy llorando, Alberto! ¿Es que no significo ya nada para ti?

(*Los coge a la izquierda. Alberto sentado y Rosa a su derecha.*)

ESCENA III

DICHOS y la DONCELLA por la izquierda.

DONCELLA.—(*Dentro.*) Señoritos. (*Sale.*) Perdonen los señoritos. El doctor Juan Molina que viene a visitar al señor.

ALBERTO.—¡Oh! Muy bien. Que pase. Y disimula ahora, por mí, por ti, por nuestra vergüenza.

ESCENA IV

DICHOS y JUAN MOLINA por el foro. A su tiempo, DON FELIPE.

(*Sale Juan.*)

ALBERTO.—¡Hola, Juan!

JUAN.—¿Pero hombre, tú aquí? (*A Rosa.*) ¿Cómo está usted. señora? (*Ella le da la mano sin hablar.*) Yo los hacía en San Sebastián...

ROSA.—Sí..., hemos llegado esta mañana...

JUAN.—¡Ah! (*Aparte a Alberto.*) Y en viaje de placer, claro...

ALBERTO.—Sí...

ROSA.—¿Y usted cómo por aquí, doctor? ¿Viene a ver al amigo o al cliente?

JUAN.—Al cliente. Un cliente que le debo a éste. (*Por Alberto.*) Vengo todas las mañanas; por eso me colé de rondón...

ROSA.—¿Pero está enfermo Felipe?

JUAN.—No. Viejo, y sin doctó Voronó que le valga. Le damo unas inyecciones pa aceitarlo las arterias.

(*Sale Felipe.*)

FELIPE.—Pero hoy no, ¿cómo está usted doctor? Hoy no me pinchan. Hoy es día de alegría; acabo de invitar a los recién llegados a comer. ¿Si quiere usted ser de la partida?

ALBERTO.—Sí, sí, ven tú también, Juan.

JUAN.—¿Yo? Aguardá (*Mira su reloj.*) Son las dos... Tengo consulta a las cuatro... ¡Andando!

FELIPE.—No, no, andando, no. Los tigres van a buscar su comida; pero en auto. Conque vamos. Tú y Rosa delante... Pasen, pasen...

(*Salen foro Rosa y Alberto.*)

JUAN.—(*Siguéndolos con Felipe.*) ¿Qué ha pasado aquí, don Felipe?

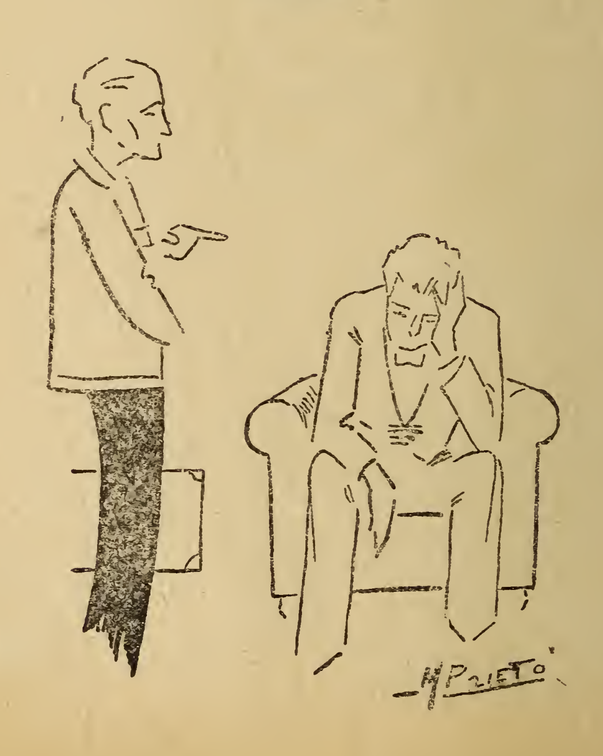
FELIPE.—Nada. Riña de novios. Reconciliación de novios. Esto no lo cura usted; yo sí.

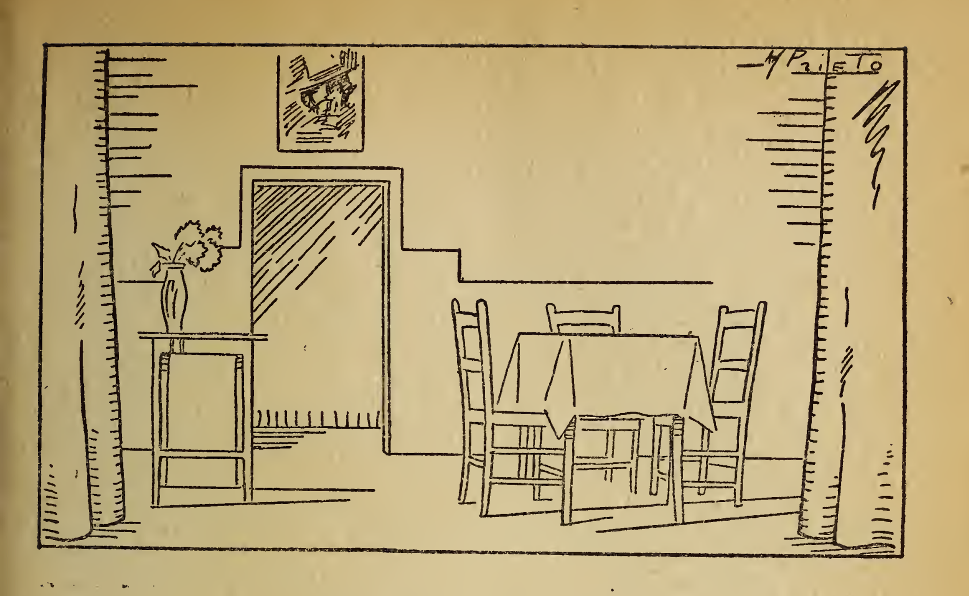
JUAN.—Usted cree.

FELIPE.—Yo respondo.

JUAN.—Pos... vamos allá.

TELON





CUADRO TERCERO

Inmediatamente después, un restaurant en Madrid. Medio escenario de la izquierda, cubierto con un teloncito especial.

(Cuando el telón de la izquierda se levanta, cae el de la derecha. Las dos decoraciones pequeñas son absolutamente iguales.)

ESCENA PRIMERA

Puerta al foro. Sentados ante una mesa ROSA MARIA, ALBERTO, FELIPE y JUAN. Un CAMARERO recibe órdenes.

(En el escenario de la derecha.)

Felipe.—Exactamente. Y mientras se prepara todo eso, tráiganos una ensalada... ¿Hace?

Rosa.—Usted dispone, Felipazo...

Felipe.—Ya lo oye usted.

Camarero.—¿Lechuga y tomate prefiere el señor?

Felipe.—Hombre, sí, y todo esto más. Lechuga y tomate, y patatas, remolacha, orégano...

Juan.—¡Tire usté de lápi, amigo!

CAMARERO.—(*Apuntando.*) Sí, señor...

FELIPE.—Un pollo frío despedazado, mayonesa, mostaza, berros, aceite y limón.

JUAN.—Pun. ¡El explosivo!

FELIPE.—Tráigalo aquí todo; lo aderezo yo mismo.

CAMARERO.—¿Y como vino, prefieren los señores?

ROSA.—Como vino..., agua...

JUAN.—Señora, no, por los clavos de Jesú. Lo disparate gordo o no hacerlo. Venga vino.

ROSA.—Diga usted que no, Felipazo, que los tigres no beben vino.

FELIPE.—Pero debieran beberlo. Tiene razón el doctor. Hay que enseñar al que no sabe y a los tigres también. Sírvanos un cap. (*Al Camarero.*) Fruta, hielo y dos botellas de champagne.

CAMARERO.—Perdone el señor. Todo champagne bueno es de Reims. Y este de Lousón, naturalmente.

JUAN.—Al maestro, cuchillada. Ponga usted otras dos botellas de Lousón por mi cuenta.

CAMARERO.—Bien. (*Mutis.*)

ROSA.—Bueno, el cólico va a ser...

JUAN.—Miserere... Pero aquí estoy yo, pa abrirno la barriga los cuatro. ¡Quién dijo mieo!

ESCENA II

DICHOS y la FLORISTA con décimos y nardos. Un crío en brazos. Es un tipo agitanado, otoñal, gorda y simpática.

FLORISTA.—(*Dentro foro.*) A ver quién se lleva el gordo, el 27.372. ¡Qué bonito capicúa! Este toca... ¿Quieren un número entero para todos?

FELIPE.—No, no.

FLORISTA.—(*Entrando.*) Con permiso. (*A Juan.*) Ande usted, que le va a toca...

JUAN.—Quita, mujé. No creo en la lotería, ni en el trabajo honrao. ¡Ni te lo aconsejo!

FLORISTA.—¡Ande usted! P'ayuda de fosfatina p'al niño...

JUAN.—No creo en la fosfatina.

ALBERTO.—Vaya, déjenos usted.

JUAN.—Toma, p'al chavea. (*Le da un duro.*) Y no le des porquerías, que está como una rosa. ¡Cuando yo te lo digo!

FLORISTA.—Gracias, generá. ¿Y unos clavelitos pa la señorita?...

FELIPE.—Eso sí. Escoge dos docenas...

FLORISTA.—Ya mismo.

ROSA.—¡Ay!, no, no se moleste...

FELIPE.—¿Es que no le gustan?

ROSA.—¡Oh, sí, mucho!; pero...

FELIPE.—Pues entonces...

JUAN.—Pon otras dos docenas por mi cuenta.

ROSA.—¡Ay, por Dios!...

JUAN.—Venid y vamos todo...

FELIPE.—Con flores a Rosa María...

FLORISTA.—Vaya. ¡Los más hermosos! ¡Y que huelen que emborrachan!

FELIPE.—Tome, sin vuelta.

JUAN.—Y yo, y yo...

FELIPE.—Déjelo usted, doctor, ya está.

FLORISTA.—Anda el señorito. No le quite usted la voluntad.

JUAN.—¡Pero hombre!...

ROSA.—Muchas gracias. ¡Qué preciosos!

FELIPE.—Bueno, y este capicúa, ¿qué hacemos con él, que está huérfano el pobre?

ALBERTO.—¿Lleva usted las tres series?

FLORISTA.—De este número, no; pero aquí tiene uno. Mírelo usted. Un catorce y suma trece...

ROSA.—¿Pero vas a jugar a la lotería ahora?

ALBERTO.—A ver si es verdad... Si tengo suerte en el juego...

ROSA.—¡Alberto, por favor!...

ALBERTO.—No, si lo digo, porque como ya no tenemos tortuga... A ver si rompo la superstición... Ahí va.

FLORISTA.—Ea, pos muchas gracias, marquese.

JUAN.—Vaya usted con Dios, baronesa.

FLORISTA.—Y que toque. Adiós, señorita. Muchos años y muchas veces. (*Mutis.*)

ROSA.—Adiós... (*Al nene.*) Adiós, tú... ¡Qué gordito está! ¿Cómo se llama?

FLORISTA.—Alberto, pa servirle ...

ROSA.—Anda, se llama como tú... (*A Alberto.*) ¡Qué mono!

FLORISTA.—Suerte que tiene el crío... Ea, pos con Dios...

JUAN.—Hasta otra... (*Mutis Florista.*)

FLORISTA.—(*Dentro.*) El 27.372. ¡Qué bonito capicúa!

FELIPE.—Bueno, la ensalada deben haber ido a buscarla al huerto... Vaya, aquí está ya... (*Entra el camarero.*)

JUAN.—¿Pero viene sin nada, hombre de Dio?

CAMARERO.—Enseguidita le sirvo, señor. ¿Alguno de los señores se llama Alberto?

ALBERTO.—Yo, sí...

CAMARERO.—Le llaman al señor al aparato.

ROSA.—Al teléfono... ¿Quién podrá ser?

ALBERTO.—Qué sé yo. Con permiso, eh, un momento. (*Hace mutis con el camarero.*)

JUAN.—Un vivo que lo ha visto entrá y le da un sablazo por teléfono...

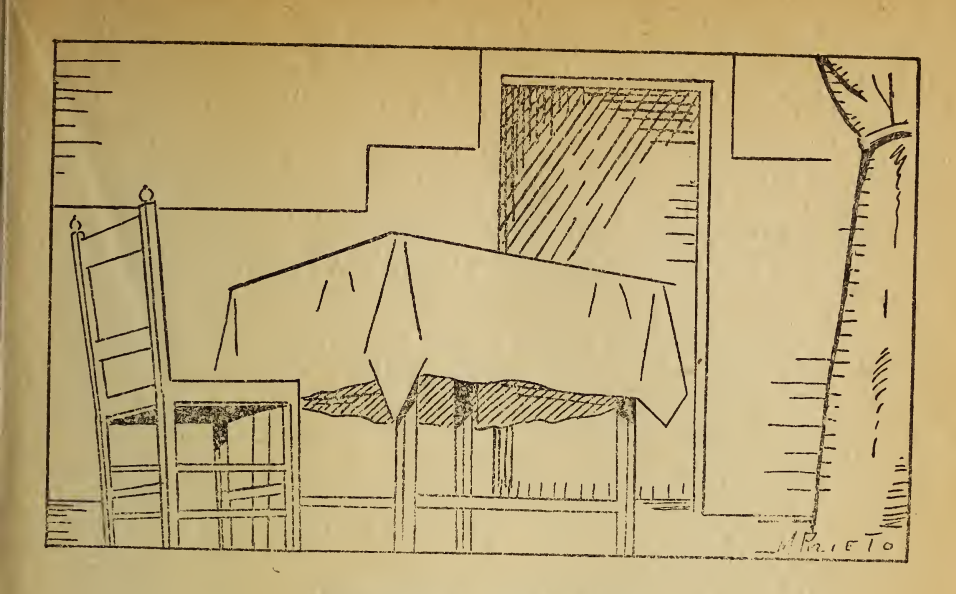
FELIPE.—A lo mejor...

JUAN.—O a lo peor si se ablanda. (*La orchestina empieza a tocar.*) Deje usté, le voy a hacer el quite ahora mismo. Por algo me llamo yo Juan Molina. (*Mutis.*)

ROSA.—Gracias, Felipazo. No he tenido tiempo ni para agradecerle...

FELIPE.—De nada; no tiene usted que agradecerme nada. No ha pasado nada, Rosa María, nada.

TELON



CUADRO CUARTO

Se levanta el telón. La música cesa a los pocos instantes. La decoración es idéntica al otro reservado. IRENE, sentada sola, ante una mesa donde hay un vermout que no ha bebido. ALBERTO por el foro.

ALBERTO.—Irene...

IRENE.—Yo, sí...

ALBERTO.—Bueno, esto es el colmo. ¿Qué quieres aquí? ¿Cómo has venido? ¿A qué? ¿A darme un escándalo?

IRENE.—No creo que tengas derecho ni a pensarlo. Nunca te di motivo.

ALBERTO.—Bien, pronto. ¿A qué vienes? ¿Y cómo has sabido que estaba aquí? ¿Es que me espías?

IRENE.—¿Yo? Te creía fuera de Madrid. Te he visto salir por casualidad de casa de tu amigo. Pasaba yo cuando salías. Me dió capricho de seguir el auto, y como tenía que hablarte... te he llamado. Son dos minutos...

ALBERTO.—Ni éste es sitio, ni estoy solo, ni es ocasión.

IRENE.—Como tú no me das otra.

ALBERTO.—¡Oh!

IRENE.—No te alarmes, nadie lo va a saber.

ALBERTO.—Bueno, acabemos. ¿Qué hay de nuevo? ¿Qué quieres de mí?

IRENE.—Algo nuevo hay.

ALBERTO.—Venga, dilo, no tengas esa calma, no me desesperes...

IRENE.—Tienes razón; no debiera tenerla. Pues sí, hay algo nuevo, o va a haberlo, entre los dos.

ALBERTO.—¿Qué quieres decir? ¡Explícate!

IRENE.—Que ya no estamos solos, que ya hay algo que puede más que tú y más que yo. Al fin. Lo he pedido tanto, ya ves...

ALBERTO.—¿Pero qué has pedido? ¿A qué te refieres?

IRENE.—¡Ah!, ¿pero no lo comprendes?

ALBERTO.—¡Irene!

IRENE.—¿No te alegras, verdad?

ALBERTO.—Mujer...

IRENE.—Está bien; pero cuando voy a ser madre de un hijo tuyo, lo menos que podía hacer es decírtelo... Ahora tú me dirás a mí qué hago.

ALBERTO.—Y tus padres... ¿lo saben?

IRENE.—Figúrate. Pero de tí nada. Ni lo sabrán nunca, entiendes, nunca. Aunque me maten a palos, y ya han empezado, porque saben que lo que venga no ha de traer el pan debajo del brazo, y yo no diré nada. El hijo será mío, mío y nada más... Ya ves lo que has hecho de mí. (*Llora.*)

ALBERTO.—Mujer, por Dios. No llores, no te pongas así. Mira.

IRENE.—Si tú no tienes corazón, yo sí lo tengo; si tú no te alegras, yo sí me alegro; si tú no le quieres, yo sí le quiero con todas mis entrañas; es lo único tuyo que tendré, pues ni a ti te tengo; calcula cuánto y cómo lo voy a querer.

ALBERTO.—Pero, Irene, si es que no dejas hablar. Yo me encargo de todo; yo corro con todo; reconoceré al chico...

IRENE.—¡Ca! Eso sí que no. ¿Reconocerlo para que luego le confieses a tu mujer la verdad, y ella perdone, y me lo quitéis? No.

ALBERTO.—Pero entonces...

IRENE.—A mi hijo lo reconocerá quien viva conmigo, quien se quiera casar conmigo...

ALBERTO.—¡Ah!, hay otro...

IRENE.—¡Imbécil! Tú. Tú, si quieres. Y no digas que no eres libre, porque lo eres. De eso venía a hablarte. O conmigo, a mi lado, con nuestro hijo, casados o no, que hasta en eso transijo, o sola, sola con mi criatura, que es mía y en mí lo tendrá todo, quien se mate a trabajar por ella y quien la quiera con toda el alma. Pero ni a mi hijo ni a mí nos vuelves

a ver más. Y empezamos desde ahora. He consentido en volverte a ver, porque te quería, no me avergüenzo decirlo, tú podías más que todos; pero ahora ya no, si he porfiado por no repartirte con nadie antes, cuando no tenía derecho, figúrate como porfiaré ahora que lo tengo y que puedo ofrecerte lo que otra no te ha podido dar.

ALBERTO.—Bueno, Irene, está bien. Pero ahora no podemos hablar. Me esperan. Hablaremos después...

IRENE.—No. Ya no tenemos nada que hablar. ¡O ahora... o nunca!

ALBERTO.—Pues ¡nunca! Y te advierto que si piensas hacerte fuerte con el hijo, yo lo negaré, no hay pruebas. ¡Lo negaré! Y para no darme tiempo ni a arrepentirme, me casaré con Rosa María. Así ya no me dirás que soy libre.

IRENE.—Pues cásate, y así te engañe...

ALBERTO.—¡Irene!

IRENE.—Sí, y te ponga en ridi...

ALBERTO.—Perversa, calla. (*La da un golpe.*)

IRENE.—¡Oh, cobarde..., cobarde!... (*Cae en la silla.*)

ALBERTO.—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué vergüenza! Le sacas a uno de quicio, le vuelves loco...

IRENE.—Déjame, vete, vete, déjame...

ALBERTO.—Mira, Irene, yo te prometo... (*Se acerca a ella.*)

ESCENA IV

Dichos, JUAN MOLINA y luego un CAMARERO

JUAN.—(*Abriendo la puerta.*) ¡Atiza! ¡Goal! Usté perdone, señorita... Pero, hombre, tendrás való. Bueno, eres el demonio...

ALBERTO.—Voy ahora mismo.

JUAN.—Que van a ir al teléfono, que si no te encuentran... se va a armá...

IRENE.—Vaya usted..., vaya, se lo ruego...

ALBERTO.—Sí, voy, Te espero mañana, donde... (*Aparte.*)

IRENE.—No.

ALBERTO.—Es que es indispensable que...

IRENE.—No.

ALBERTO.—Es que.

IRENE.—No. Vete.

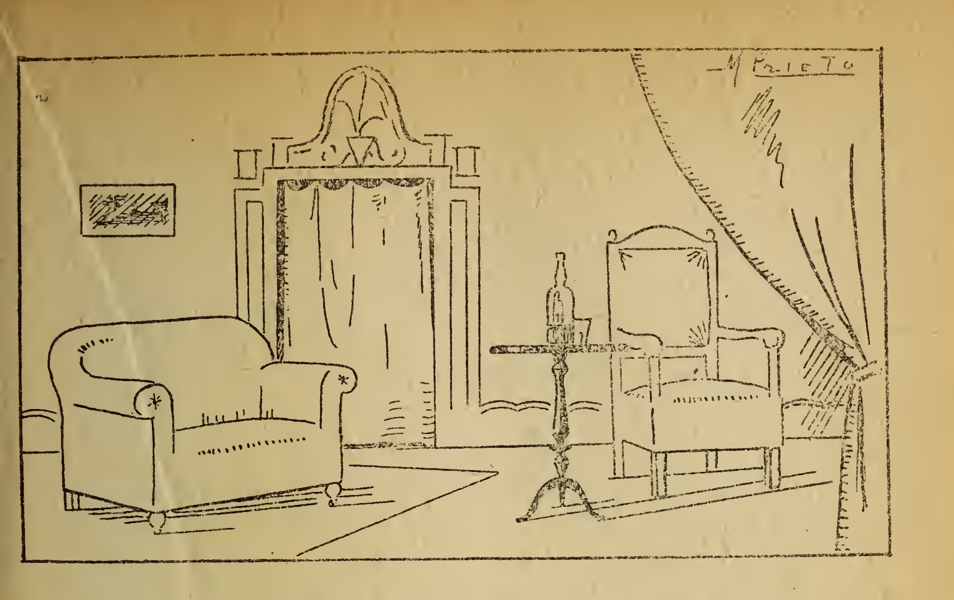
ALBERTO.—Bien está. (*A Juan.*) Vamos.

JUAN.—Buenos días. Y usted dispense, señorita. (*Yéndose con*

Alberto.) Oye, como guapa... es guapa... ¿Quién es, oye... quién?...

IRENE.—(*Llama al timbre, y cuando acude el camarero deja sobre la mesa una peseta y dice.*) Tome. Y haga usted que me traigan un taxi, por favor. (*El camarero hace mutis. Irene de pronto, rompe a llorar con un llanto convulso.*) ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Virgencita mía! (*De bruces en la mesa sigue llorando, mientras la orchestina dentro toca muy fuerte "Madre, cómprame un negro...", y cae el* ***TELON.***)





ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Habitación en casa de Alberto. Por la mañana. Dos mesas cuadradas. Una redonda. Una al rincón. Otra en primer término. La redonda delante de la mesa. Tres sillas volantes. Dos sillones. Mesa baja. Escritorio. Mesa auxiliar.

ESCENA PRIMERA

ALBERTO en el sillón ante la mesa baja, donde tiene una botella de wisky; otra de soda, un vaso y un alto de billetes de lotería; LAURA viene del foro. Esta va vestida de luto riguroso. Alberto, de gris, con un brazal de luto.

LAURA.—Alberto... No beba usted más.

ALBERTO.—¿Por qué? No me hace daño.

LAURA.—A la cabeza, no. Pero a la salud...

ALBERTO.—¡Bah! (*Bebe.*) Me da alegría por dentro. Una alegría ficticia, pasajera, pero alegría al fin. La única que todavia puedo conseguir. Ya no tengo más amores que estos dos: la lotería y el alcohol. Esto... (*Por los billetes de lotería.*) pudiera darme dinero... ¡y Dios sabe que no lo pido para mí, sino para esta casa! Usted sabe cómo anda todo. Ni yo trabajo, ni Rosa María puede trabajar: se descuidó, se quedó anticuada, perdió la clientela. Yo... ya no puedo pintar. No sabía pintar más que

con negros. No veo ya el color. Así vivimos. Todo se ha ido yendo a las casas de empeño.

LAURA.—Ya cambiará la suerte.

ALBERTO.—Eso busco. Y si un día tengo dinero pagaré..., y ya no podrán decir que he arruinado a su hermana.

LAURA.—Si no lo dice nadie.

ALBERTO.—A mí no; pero lo piensan todos. Aquí no hay más ruina que yo, Laura. Y todo desde aquella noche. ¿Se acuerda usted? Aquella noche en que me rompieron la vida. ¡Ay! Va a hacer ya dos años. (*Bebe.*)

LAURA.—Olvide..., olvide...

ALBERTO.—Aquí está el olvido. (*Por el vino.*)

LAURA.—No. Eso le exaspera, le agria a usted el carácter, lo vuelve a usted violento, irascible... Perdóneme usted. Yo sé que en el fondo es usted bueno...

ALBERTO.—¡Ay!

LAURA.—Bueno y triste. Y hoy me ha parecido usted más bueno y más triste que nunca. Por eso, aprovechando que mi hermana está en la sala con las visitas, he venido a hablarle unos minutos... Perdóneme usted si he vuelto a esta casa.

ALBERTO.—¿Por qué? Es la casa de su hermana...

LAURA.—Es la casa de usted. Perdóneme. Yo me fuí a vivir sola porque comprendo que mi presencia le era odiosa...

ALBERTO.—Yo nunca la he creído a usted culpable de lo que usted misma se confesó, mintiendo noblemente...

LAURA.—No hablemos de eso. Yo se lo agradezco a usted. Pero usted tenía que odiarme. ¡Qué remedio! Yo era la que sabía su dolor.

ALBERTO.—Mi dolor y mi vergüenza, eso es.

LAURA.—Su dolor nada más, Alberto. Pero yo era el recuerdo constante, vivo, perenne de lo que usted no ha querido olvidar...

ALBERTO.—De lo que no podré olvidar nunca. (*Bebe.*)

LAURA.—Por eso me fuí en cuanto mi marido llegó de América. Si hoy he vuelto de visita, hágase usted cargo. Es el primer aniversario de la muerte de papá. Yo tenía que venir aquí, con mi hermana, a la casa donde todos vivimos juntos... con el pobre viejo... Ahora ya me voy, pero antes quería agradecerle que no le haya usted dicho nada a mi marido... Esta mañana, cuando los ví a ustedes juntos en la iglesia, temblé...

ALBERTO.—Laura... Yo no soy capaz...

LAURA.—Usted me había amenazado con decírselo en cuanto volviera de América para que él averiguase la verdad...

ALBERTO.—Pero yo no soy capaz de eso. La verdad..., la verdad la sé; más que la sé, la siento. Y aunque dudara todavía yo no le hubiera dicho nada a Juan, porque no quiero para nadie, ni para mi mayor enemigo, un dolor igual al mío. Además, sabía que era usted inocente, que se fingió usted culpable...

LAURA.—Eso... No hablemos de eso. Pero gracias y perdón, y no me odie usted...

ALBERTO.—No. Puede usted estar segura. Puedes estar segura.

LAURA.—¡Alberto!

ALBERTO.—Ya ves; lo que no pude hacer nunca, lo hago ahora: hablarte de tú. Porque guardo para ti lo más limpio de mi afecto. Porque tú sí eres mi hermana. Más eres tú mi hermana que Rosa María mi mujer.

LAURA.—Gracias. (*Le estrecha la mano.*)

ALBERTO.—¿Y tú decías que yo te parezco en el fondo un hombre bueno? No. Ni yo soy bueno (*muy bajo*), ni Rosa María tampoco. Sólo sabemos mentir. ¡Mentir! La mentira es la base y la atmósfera de nuestra vida. ¡La mentira! En esta casa no había más buenos que aquel noble viejo que se fué..., y ahora tú. Tú sí que eres una buena mujer.

ESCENA II

Dichos y ROSA MARIA, foro

ROSA.—Hola. Ya se fueron todos... Mira lo que acabo de recibir. (*Por una carta que entrega a Alberto.*)

ALBERTO.—(*Leyendo el tarjetón.*) Irene Conde y Carlos Lecaros tienen el honor de participar a usted su efectuado enlace y ofrecerle su casa... Bueno, ¿y esto a mí qué me importa?

ROSA.—¿Cómo, no sabes quién es? Irene, hombre, la muchacha aquella que estaba en mi taller...

ALBERTO.—Sí, ya lo sé. Sé quién es. Pero, ¿qué me importa? ¿Qué puede importarme a mí? ¿A qué vienes con esa embajada?

ROSA.—¡Ay, hijo!, de algo hay que hablar...

ALBERTO.—Es una estupidez. Y no sé por qué haya que ha-

blar siempre. Es tu manía. Decirme tonterías, darme noticias idiotas...

Rosa.—Pero Alberto...

Alberto.—Pero Rosa, digo yo... ¿A qué vienes ahora con esto? Por hablar, ¿no es eso? Pues para hablar necedades más vale callarse...

Rosa.—Pero a qué viene este exabrupto, pregunto yo. ¿Es que te ofende? No te entiendo, hijo...

Alberto.—Claro está. No me has entendido nunca, y por eso no adviertes que no quiero hablar. Que no tenemos nada que hablar..., ni ahora, ni nunca; a ver cómo lo entiendes, ni ahora, ni nunca, aunque vivamos juntos...

Laura.—Alberto, cálmese usted, cálmate...

Alberto.—No puedo calmarme. Me has visto todo el día de mal humor, ¿a qué exasperarme ahora?...

Rosa.—¿Que yo te exaspero?

Alberto. Tú, sí, siempre. Me exasperas hasta cuando eres afectuosa y humilde... Porque tus cuidados y tus mimos hipócritas, más parecen arrepentimiento...

Rosa.—Alberto...

Alberto.—Y tus reproches, y tus protestas, y tus quejas... un cinismo atroz, porque no tienes nada que reprocharme y debieras besar el suelo que piso...

Rosa.—Bueno, pero... ¿Estás loco?

Alberto.—Sí, y tú imbécil...

Rosa.—Pero hombre, Alberto...

Alberto.—Déjame, déjame... ¡Oh!... ¡Qué infierno! (*Mutis.*)

Rosa.—Anda y que... Dice bien, ¡qué infierno! ¿Pero tú has visto cosa igual, hermana?

Laura.—Paciencia, paciencia. Es el alcohol; está siempre fuera de sí... Ten paciencia...

Rosa.—¿Más? ¡Por Cristo vivo! Paciencia y astucia: astucia de buena fe, esas fueron mis pobres armas para luchar con él, porque la vida con él no es más que esto: lucha y martirio. Y la astucia no me sirvió y la paciencia se va acabando. No puedo más, no puedo más, ¡no puedo más! ¿Es que es vivir esto? No hago más que mirarle a los ojos, expiar sus menores deseos, procurar darle gusto en todo... Y nada le cuadra: cuando no me recuerda...¡ aquello, y me insulta y me humilla, se enfada por nada, y me suelta una coz, como ahora, sin motivos, tú lo has visto...

Laura.—Son nervios...

Rosa.—Sí, nervios. Pero, ¿crees que yo no los tengo? Pues

a mí no me los ve. Y todo esto cuando no son celos nuevos. Porque esa es otra: también tiene celos nuevos, no sé de qué ni de quién. Yo, en cambio, está por ver que le haya abierto una carta, o registrado la cartera, o preguntado... Ahora, ya has visto su furia. ¿Tú sabes por qué?

LAURA.—Yo no, mujer...

ROSA.—¡Pues yo sí!... Porque se ha casado esa, la Irene.

LAURA.—¿Tú también ahora?

ROSA.—No. Yo no. Yo no creo nada. Pero que a él le gustaba, eso...

LAURA.—¡Rosa!

ROSA.—Le gustaba y la perseguía.

LAURA.—¡Rosa!

ROSA.—Sí, por eso se despidió ella. Y por eso ahora se acuerda y el despecho le enfurece.

LAURA.—Mira, hermana; de eso tú no puedes hablar, tú no debes hablar... Que no te ciegue "el más eres tú", ni busques disculpa donde no puedes hallarla...

ROSA.—No, si yo no busco disculpa, si fuí culpable, y digo que si fui culpable, porque no estoy ni yo misma segura de ello, porque aquello fué algo tan raro, tan inconsciente, que ni yo misma me lo explico, ni creo a veces que haya sido verdad. Si fuí culpable, ya lo he pagado... ¡y cómo!

LAURA.—Lo has pagado porque tú has querido. Yo no puedo engañarte, hermana, cuando él se fué debiste dejarlo...

ROSA.—Tú me dices que...

LAURA.—Debiste dejarlo. Tú no eras ya digna de volver con él...

ROSA.—No lo habrá creído así cuando se ha casado conmigo...

LAURA.—Es verdad. Y esa es una cosa que tampoco entiendo.

ROSA.—Pues si no lo entiendes, no hables de ella. Yo tampoco entiendo por qué se casó conmigo, si creía lo que creía, lo que cree, si no había olvidado; yo tampoco entiendo por qué le engañé cuando le adoraba, nadie entiende a nadie, hermana, y ahora mismo no comprendo cómo por algo tan lejano, tan pasajero, tan sin importancia...

LAURA.—Sin importancia dice, ¿pero eres una inconsciente?...

ROSA.—Tal vez...; por lo menos lo fuí. Ya no me acuerdo de ello, es como una pesadilla que se ha hundido en el olvido, te juro que encontraría a ese hombre en la calle y nos miraríamos cara a cara, y no lo reconocería... Mi culpa no me parece culpa... Y eso es lo que me desespera; eso es lo que me

vuelve loca, Dios mío, eso... como él puede aún sufrir, y martirizarse, y llorar, a los dos años, por eso... por algo que, que... ya no está en mi vida, por alguien que en realidad no existe en mi recuerdo, y por mí, que indudablemente no valgo la pena... ¡Qué desgraciada soy, Laura!

LAURA.—Pues mira, si piensas eso, ya vas camino de salvación... o de resignación, que da lo mismo.

ESCENA III

Dichos y ALBERTO.

ALBERTO.—(*Sale por donde se fué, y saluda a Laura.*) Adiós, Laura. Ya no te encuentro aquí, ¿verdad?

LAURA.—Hasta después, Alberto.

ROSA.—¿Te vas?

ALBERTO.—Sí; estoy invitado a almorzar; se trata de un negocio, no puedo negarme. ¿Por qué?

ROSA.—Por nada. (*El va a hacer mutis.*) ¿Pero te vas así? ¿Yo qué te he hecho?

ALBERTO.—(*Volviendo a ella.*) Perdóname. Tienes razón. Perdóname. (*La besa.*)

ROSA.—Bueno, ¿entonces vienes a almorzar?

ALBERTO.—(*Otra vez malhumorado.*) ¡Ya te he dicho que no! No empecemos. Adiós. (*Mutis.*)

ROSA.—¿Lo ves? ¿Ves qué cambio en un segundo? Pues así siempre. A veces se acerca a mí, afectuoso, hasta apasionado; me estrecha entre sus brazos; yo siento que es otra vez mío... y de repente, me rechaza, se aleja con la frente llena de sombras y los ojos llenos de reproche... No sé, no sé. Volverá a cenar, si vuelve, o vendrá muy tarde, borracho y furioso. Así anda todo. Beber y jugar, eso es toda su vida. Dinero que coge, para beber y jugar. ¡Y todo es poco! ¡Oh, es un canal...

LAURA.—¡Pero Rosa! Hablas como si le odiaras. No tenéis hijos, no hay nada que os ate; para vivir así... Yo no comprendo...

ROSA.—Eso no; otra cosa sería morir. Yo no podría vivir sin él. Me quejo, me sublevo; pero en el fondo le quiero con toda mi alma.

LAURA.—Pero entonces, ¿cómo? Tú conservabas las cartas de... de ese hombre. Si no hubiera sido por eso, nada hubiera

sabido Alberto. Y si las conservabas era por algo, tenías un interés...

Rosa.—Un interés estúpido. Muy de mujer, aunque tú no lo comprendas. Vanidad. Cuando halagan nuestra vanidad no pensamos de dónde nos viene el halago. En esas cartas me decían que era hermosa, que sufrían por mí; ya no me lo decía nadie. Me recordaban, me echaban de menos. Y a mí nada me importaba él; pero era el goce imbécil de gustar, de que un imbécil, uno, cualquiera, sufriese por mí. Y ahora soy yo quien sufre, y sufro por mi Alberto. Ya ves que digo mi Alberto.

Laura.—Tú estás loca, hermana. Yo no te entiendo...

Rosa.—Ni yo; ni nadie. Ya te lo he dicho: nadie entiende a nadie. En fin. (*Transición.*) Tú te quedas, ¿verdad?

Laura.—Ahora vendrá mi marido. Ya veremos...

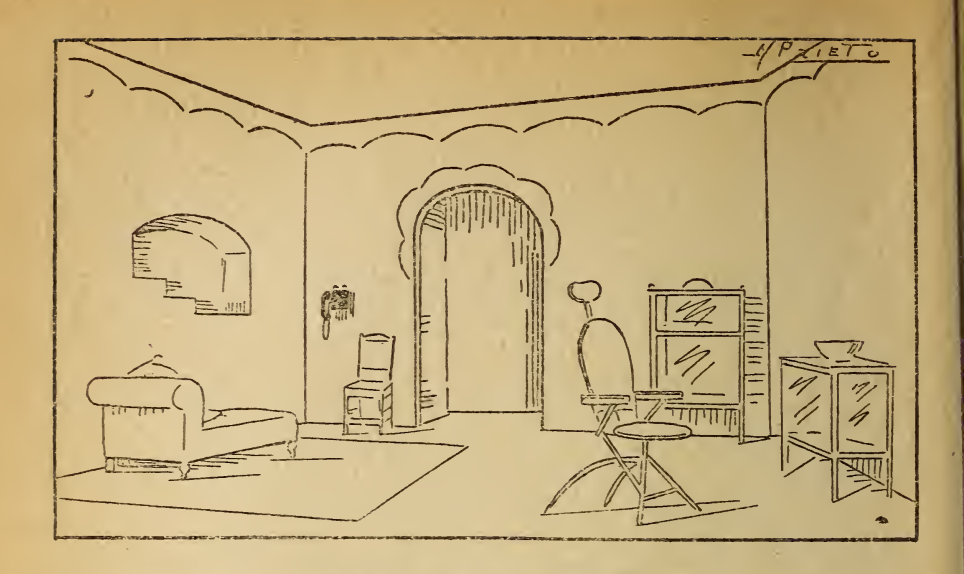
Rosa.—Pues os quedáis los dos. No me dejes hoy. Me moriría de pena sola en la mesa. Si él almorzara aquí, no te diría nada. Comprendo que no ofrecemos un espectáculo agradable; pero sola, hoy, en el primer aniversario de nuestro padre... ¡Quédate! Lo recordaremos. Recordaremos a nuestro viejecito. Si él viviera, no habría tantas peloteras; él, enfermo, postrado, impedido, aun hallaba fuerza para intervenir; cuando oía nuestras riñas... me llamaba siempre: Rosa María, hija... ¡su voz era eso, la tregua! Ahora mismo, si viviera, hubiese gritado. ¡Pobrecito mío! ¡Un año ya! Y aún me parece oír su voz, su pobre voz llena de susto y de piedad: Rosa María, hija... Rosa María... ¿Te acuerdas?

Laura.—Me acuerdo, sí... (*Las dos lloran en silencio. Un reloj da doce campanadas. Pausa. Laura suspira.*) La vida es triste, hermana...

Rosa.—(*Otro suspiro.*) Sí; muy triste...

Telon.

(*Mutación.*)



CUADRO SEGUNDO

Consultorio del doctor Juan Molina. Cortinas grises todo. Un par de sillones de cuero. Una mesa con recado de escribir, para recetas, y un teléfono. Una vitrina con aparatos de cirugía. Una mesa de reconocimiento. Una mesita con el padrón abierto.

ESCENA I

El DOCTOR MOLINA (JUAN), ALBERTO y RAFAEL

JUAN.—(*Que no tiene ni blusa, ni arreo ninguno de médico, más que una cinta en la frente con un reflector y unos guantes de goma, habla con Rafael, que acaba de levantarse de una silla. Acaba de meterle un algodón en el oído. Rafael es un hombre recto, muy andaluz, vestido de corto, con camisa torera. Alberto, sentado en un sillón en el fondo, hojea una revista médica.*) Pos nada. Hasta la noche no se quite usté ese algodón.

RAFAEL.—Sí, señó...

JUAN.—Y antes de acostarse, agua...

RAFAEL.—¿Agua?

JUAN.—Agua caliente.

RAFAEL.—¿Sin remedio ni untura, ni na, ni na?...

JUAN.—Ese es el remedio. Agua, lo más caliente que pueda usté aguantá. Se la echa usté con una perita.

RAFAEL.—¿Con una pera? ¿Y ezo?

JUAN.—Con una pera de esas de goma, hombre, una...

RAFAEL.—¡Ah!, sí, señó, güeno, güeno...

JUAN.—Se la prueba usté en la mano. Deja caé unas gotas, a ver si quema.

RAFAEL.—Y cuando no queme... duro.

JUAN.—Cuando no queme, pero que esté muy caliente; después unos fomentos, también de agua.

RAFAEL.—Sí, zeñó.

JUAN.—Y nada más.

RAFAEL.—Pos... muchas gracias y... (*Ademán de sacar la cartera.*)

JUAN.—Al señor (*por Alberto*), que le ha dejao a usté pasar a interrumpir su consulta.

RAFAEL.—Zí, zeñó. Usté dispenze. (*A Alberto.*) Pero me dolía la ma...

ALBERTO.—De nada.

JUAN.—Pero ya no duele, ¿verdad?

RAFAEL.—Ya no, no señó. Güeno... duele y no duele... Duele azín, como un doló mu lejo...

JUAN.—Pues cuando apriete, agua caliente. Y vaya usté con Dio. Ya sé que no vuelve usté más...

RAFAEL.—Ajolá.

JUAN.—No; si es que verá usté a otro médico que le dé a usté mejunje y potingue...

RAFAEL.—No, zeñó...

JUAN.—¡Que sí! A mí no querrá usté verme más porque no receto. Esa es mi ruina y la salvación de los enfermos.

RAFAEL.—Zí, zeñó...

JUAN.—¿Qué médico es este que receta agua?, dicen los clientes. Pos un médico que no se conchaba con los boticarios. Cada uno a su negocio...

RAFAEL.—Zí, zeñó. Ca uno a zu negocio.

JUAN.—En ese oído nada..., ni glicerina, ni aceite, ni ácido fénico, ni láudano...

RAFAEL.—Na, no, zeñó. ¿Qué quié dezí na? ¡Na!

JUAN.—Eso es; porque eso ensucia y hace falta todo lo contrario: agua, agua y agua. Aunque se crea usted que soy un bombero...

RAFAEL.—Je, je, no, zeñó. Ya sé que no es usté bombero.

JUAN.—Pues tampoco soy otorrinolaringólogo...

RAFAEL.—No, señó. Ya sé que es usté un dotó. Güeno. ¿Y esto cuánto es?

JUAN.—Nada. Esto no vale nada.

RAFAEL.—Pero zeñó...

JUAN.—Yo no puedo cobrar esto. Ni debía usted haber venido a mí. ¿Quién lo mandó?

RAFAEL.—Yo zolo. Como osté no m'ha dejao hablá. Me dejasté...

JUAN.—Sí, hombre, sí...

RAFAEL.—Pos güeno: cuando salí a toreá el jueve, no me dolía na. Pero estaba algo zordo del izquierdo. ¿Me comprendusté? Y al banderillear al cuarto, c'achuchaba del lao derecho, un güen mozo; pero un mal ange... Pos, como yo no zoy más que derecho no me púe di. M'echó mano. (*Hace con el meñique y el índice de la mano derecha, la acción del derrote.*) ¡Bon! ¡Jozú! ¡Pa matarme! Inzurtao me llevaron pa dentro. Y cuando vorví en zí, er dotó dijo que tenía una... una aguardosté, cómo me dijo..., una linotipia.

JUAN.—Ja, ja, ja..., sí, y una imprenta...

RAFAEL.—¿Una imprenta? No zeñó, una imprenta no zeñó.

JUAN.—Una lipotimia, hombre, lipotimia...

RAFAEL.—Ezo..., una... linotipia, zí zeñó.

JUAN.—Bueno, lo que quieras...

RAFAEL.—Güeno, con la misma me fi a ve al matáo, y estaban hablando con don Gregorio, el periodista, ya zabosté, ...y don Gregorio le nombró, y dijo que erasté de Córdoba y mu güen aficionao y dotó, y yo me dije digo, dotó y cordobé..., eze me cura a mí..., y aquí estoy..., y m'ha curao.

JUAN.—Pues nada, hombre, muy bien.

RAFAEL.—Pero ahora osté dirá lo que debó...

JUAN.—Lo que quiero es que no me quite mi tiempo... Conque, hala...

RAFAEL.—Zí, zeñó. Y mucha gracia... ¡Paizano! Vaya... (*A Alberto.*) Güenas tardes... Güenas tarde, dotó. ¡Y mucha zalú! (*Mutis Rafael.*)

JUAN.—(*En la puerta del foro.*) Anda con Dios.

ALBERTO.—Lo que habéis hablado...

JUAN.—Perdona. El pobre tenía dolor físico. Y el dolor físico es una cosa muy seria. (*Toca un timbre.*) En seguida soy contigo. (*Se quita los guantes de goma y los tira sobre la mesa del Padrón.*)

ESCENA II

ALBERTO, JUAN y el CRIADO del doctor.

CRIADO.—(*Foro.*) ¿Llamaba el señor?

JUAN.—Sí, que cierre. Se ha acabao la consulta. Que no estoy para nadie, y desconecta el teléfono. Que no me molesten.

CRIADO.—Sí, señor.

JUAN.—Ea, ya podemos seguir. Dime. (*Sentándose.*)

ALBERTO.—Tú a mí. Yo ya he dicho cuanto quería decirte. Ahora tú me hablas de Rosa María y de mí.

JUAN.—Pues na. Que sois dos manzana. Tú no tienes na.

ALBERTO.—¿Y las radiografías?

JUAN.—¡Na! Te las han hecho de frente y se han asustao con una sombra que hay en el cayao de la aorta; pero que no es aortiti, ni dilatación. ¿No te lo ha dicho ya el especialista? Pos ese... sabe más que yo. Por más que a mí ya me lo había dicho mi oído. Ni galope, ni soplo, ni refuerzo de segundo tono... Una prearteroesclerosis, que si tuviera veinte años... sería anormá. Pero con cerca de cuarenta y bebiendo lo que tú bebes, y con tus emociones y tus disgustos...

ALBERTO.—Mis disgustos, tú lo has dicho. Mi disgusto, porque no es más que uno... Lo que hizo Rosa María...

JUAN.—Lo que tú crees que hizo...

ALBERTO.—¿Tú no lo crees? (*Pausa.*) ¿Por qué? (*Pausa.*) ¿Por qué te parece inexplicable? ¿Sólo crees lo que te explicas?

JUAN.—No, eso no. Er que sea inexplicable no es razón. Las cosas pueden sé inexplicable... y suceder... Conforme. Inexplicable no quiere decí falso, y tratándose de mujere, todo es inexplicable. Ademá pa creerlo a ciencia cierta, qué sé yo..., tendría que sabé las circunstancias: cómo fué, dónde fué... Una mujer buena, no farta al hombre que quiera, sino cuando lo deja de queré... Eso está claro, y sin embargo, a veces, una mujé más buena cae... con otro sin dejá de queré al que quiere... Eso está oscuro. Pero es as, puede sé así. Por celos, por despecho, por pereza morá..., porque había luna en el jardín... y había regao la tierra... y la mareaba el oló... Inexplicable, inexplicable...

ALBERTO.—Sí, inexplicable; pero no falso...

JUAN.—Bueno. Pero yo no lo creo. ¿Que me equivoco? Pos me equivoco, pero no lo creo, y no hablemos de ello. Te lo ruego. De "Le malade imaginaire", del enfermo ese de Moliére, que se lo creía y no lo estaba, tengo aquí ejemplo a diario... De "Le Cocu imaginaire", y te lo digo en francés para dulcificar el epíteto..., de ese que yo no había visto ningún ejemplo. ¡Qué empeño, señó! Como si eso fuese un mérito.

ALBERTO.—No, Juan, no; tú todo lo tomas a broma; pero como a pesar de tus bromas, yo tengo fe en ti, sigo preguntando. Y ahora hablo de mí. ¿Tú sabes que no estoy bueno?

JUAN.—¿Yo?...

ALBERTO.—Tú sabes que yo no reacciono normalmente ante las cosas, que no me produzco como un hombre equilibrado...

JUAN.—Eso, ya es otro cantar. Eso...

ALBERTO.—¿Por qué me he casado yo con Rosa María, cuando no debía casarme, cuando supe que yo iba a tener un hijo con otra mujer como para prohibirme reconocerlo e irme con la madre?

JUAN.—Pues... por eso; por no irte.

ALBERTO.—¿Y por qué ahora, cuando la chica se ha casado con otro y mi hijo lleva otro nombre y ya no tiene remedio, me entra a mí esta desesperación? ¿Es que odio a Rosa María y odiándola no puedo separarme de ella?

JUAN.—Es que no la odias.

ALBERTO.—¿La quiero entonces y no quiero a la otra? ¿Las quiero a las dos? Es que...

JUAN.—¡Bueno, bueno, hombre! ¡Para la jaca! (*Se levanta.*) No me marees más. ¿No tienes bastante con Felipazo? ¿Ya se ha cansado de aconsejá? Porque tú tienes dos peones de confianza, él y yo, y lo que hace falta es que grites: fuera gente, y te quedes solo.

ALBERTO.—Te vuelvo a rogar que no bromees.

JUAN.—¡Pos yo no sé hablá de otra manera! Y además háblame de lo mío: de la aorta, de la válvula mitral, del mediastino, del páncreas, de lo que yo pueda ver con mis ojos. y oír con mis oidos y tocar con mis manos. Del alma, no; yo no sé nada del alma.

ALBERTO.—Bueno, pero...

JUAN.—Nada. Si eres creyente pregúntale al confesor, y si no lo eres... a un alienista. ¡A mí no! A mí haz el favó de no volverme más loco, que bastante lo estoy.

ALBERTO.—En resumidas cuentas, ¿que no hay manera de que me contestes en serio? Está bien. Yo no consultaba al médico ahora; consultaba al amigo; pero sin olvidarme de que eres médico, y por serlo bueno eres también un psicólogo. Y además, creí que eras un amigo.

JUAN.—Eso no; lo soy. ¡Maldita sea, hombre! Yo no quería hablá, porque..., porque no quería ¡ea! Pero te voy a hablá. Como puedo, ¿eh? Y por Dios te juro que quisiera tener una dicción muy castellana, y muy clara, para que mi palabra tuviera importancia y seriedad, y todo lo que hace falta. Pero en fin, como puedo hablo, y si como tú dices en un médico de verdad hay también un psicólogo, y yo soy un médico de verdad, como médico y como psicólogo y como amigo y como to y con muchísimo cariño. Tú no eres más que un chiquillo. Un chiquillo que va pa viejo, un chiquillo antiguo; pero un chaval. ¡Y un lujurioso! Más lujurioso que un mono, un ciervo y una paloma junto. Nada. Muy romántico, muy sentimental, pero muy lo otro también. Y el sentimiento y el romanticismo le dan más fuerza a la sensualidad y viceversa. Las tres cosas se juntan en un circulo enfermizo y se protegen, y se ayudan, y se aumentan. (*Pausa.*) Yo sé lo que me digo, aunque hable mal. Tú eres a veces débil y a veces fuerte, y lascivo siempre. Y como la sensualidad del débil es un deseo de morir y la del fuerte un deseo de matar, tú eres a medias un suicida y a medias un asesino. (*Pausa.*) Y tu mujer es igual a ti.

ALBERTO.—Eso.

JUAN.—Iguá. Iguale los dos, y ninguno de los dos tenéis razón.

ALBERTO.—Hombre...

JUAN.—La única que tiene razón es esa pobre muchacha a quien perdiste y abandonaste.

ALBERTO.—¿Qué yo he abandonado a Irene?

JUAN.—¿Ah, no? ¡A ver!

ALBERTO.—Ella no quiso que reconociera a mi hijo.

JUAN.—¡Naturalmente! ¿Cómo iba a querer, si eso era perderlo? Ella parió con dolor y defendió con amor el hijo que tú engendraste por placer. (*Pausa.*) Es suyo solo ese hijo. Suyo na más, mientras tú no adquieras con tu cariño y con tu cuidado el derecho de llamarte su padre.

ALBERTO.—Ese derecho yo lo tenía..., sino que...

JUAN.—No lo has tenido nunca. Y a ella le sobra razón. Ella ha cumplido y ha cerrado la curva de su vida: fué pri-

mero la hembra; después, la mujer enamorada, después..., ¡la madre! Ahora tú eres el que debes preguntarte: ¿hasta qué punto puede un hombre considerar a la madre de su hijo ilegítimo como una mujer cualquiera que se toma o se deja por capricho? La maternidad, ¿no da un derecho santo, sea cual fuere el pasado de una mujer?

ALBERTO.—Pero ella...

JUAN.—Ella no tenía ni siquiera pasado. Contigo empezó a vivir. Ella llegó a tí ciega de deseo; pero limpia. Ella te dió su flor. ¿Qué puedes tú reprocharle? ¿Qué derecho puedes exhibir? ¿Haber engendrado un hijo? Los animales también engendran. Son padres... fisiológicos, y no saben que lo son. El hombre es padre después: con el entendimiento que dirige al hijo y con el corazón que lo ampara.

ALBERTO.—¿De manera que según tú debo abandonar a Rosa? ¡Y ahora! ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Para qué? Si mi hijo ya no me pertenece. Si lo ha reconocido otro. El marido de Irene. ¡Si esto ya no tiene remedio!

JUAN.—¡Toma! Por eso hablo. Si no... no te diría na. Yo no aconsejo: opino, comento. A ver si te doy... lo único que pueo darte, resignación. Y ésta... sólo te puede vení cuando haya visto claro tu culpa. Cara a cara, como un hombre. (*Pausa.*) Donde está la madre del hijo, está la mujer, y donde están mujer e hijo está el hogar, y tú no lo has visto. Y no lo podías ve, no lo podías sentí, porque no has querío nunca a nadie.

ALBERTO.—¡Juan!

JUAN.—¡A nadie! Muy romántico, sí señó, y por consiguiente muy egoísta. Como todos ellos. Enamorao... de su propio doló. Y de un doló inventao y exagerao. Eso. Mucho hablar de amor y no lo has sentido nunca...

ALBERTO.—Pero hombre.

JUAN.—¡Nunca! ¡El amor no es eso! Eso es... voluptuosidad, vicio, gusto. Amor del propio placer, amor de sí mismo. El amor verdadero no puede ser un sentimiento furioso, una exigencia hecha de celos y de rencores y de venganza. El amor es perdón, ternura, renunciación, sacrificio, entrega... ¡no dominio! (*Pausa.*) Tú te crees un hombre muy bueno, porque no te separaste materialmente de Rosa a tiempo, y te casaste con ella como quien pide perdón sin pedirlo. ¿Y ahora? ¿No vives con ella y la haces infeliz? Pues eso es todo lo que ella tiene. El dolor de tu abandono; más doloroso porque tal vez en el fondo, sabe que lo merece y sabe

que por el amor ya no puede recobrarte, y quiere ver si te recobra por la compasión. Por eso llora y se queja; y a tí te exaspera por eso, porque tú también sufres, y en tu vanidad, porque además eres eso, vanidoso, un gran vanidoso, no quieres que nadie pueda sufrir más que tú.

ALBERTO.—Bueno, basta, basta. Acabarás por desesperarme.

JUAN.—¡Ah! ¿No querías que hablara? Pos hasta por los codos estoy hablando. Ya sé que si alguien que no fueras tú me oyese—y acaso tú mismo—diría ¡lo de siempre!: que esta es retórica andaluza, de la mía; paparrucha de Juaniyo Molina... y son sentencia. ¿Te has enterao? ¡Sentencia! Y en serio te las digo y te desnudo el alma, como te desnudé el cuerpo pa reconocerte la enfermedad que no tenías. ¿Remedio? A ti lo único que pudo salvarte era... confesarle a tu mujer la verdad; pero a tiempo. Si tu mujer no hubiera delinquido —y supongamos que sí, porque tú lo crees—le hubieras confesado todo; pero como la crees culpable y su culpa es mayor, no quieres aparecer menos que ella, ni en el pecado, y quieres ser tú solo el que reprocha y el que castiga. ¡Ya lo ve! ¡Vanidad! ¡Hasta en eso, en lo más bajo: te crees el ombligo del mundo, y no eres na: como yo, como ella, como ese banderillero animal a quien acabo de curarle la oreja. ¡No somos na! ¡Na!

ALBERTO.—¡Ay, Juan, Juan! ¡Qué fácil es hablar de lo que no se siente! ¡Tú no sabes qué tempestad me desencadenas en el alma!

JUAN.—Mejón. Así vendrá luego la carma. Y eso de que es fácil hablá sin sentir, sí que lo es. Fácil y seguro para acertá: porque la pasión y el amor propio no lo ciegan a uno. ¿Tú no ves como yo estoy siempre alegre? Pos porque no me fijo ni pienso en mis penas. Miro las de los demá. Y pena verdadera; penas der cuerpo. ¡Dolor! ¡Qué eso sí que es verdad y es terrible! Dolores que nadie los tiene por su gusto, ni los siente porque quiere, ni son una cosa de la imaginación. Y yo los veo y no los siento, no sufro con ello, eso no; y no sé mentí; pero porfío y me preocupo y trabajo, y me orvío de mí. Y cuando abro un vientre y opero y lo cierro, con la conciencia de que lo he hecho bien, y ya no sé después lo que va a pasá, lo que puede pasá, y si er purso se va a vorvé loco porque sí y si va a vení una embolia pajolera, entonces..., entonces son ducas. Todo lo demá... paparrucha

ESCENA III

Dichos y el CRIADO

CRIADO.—Señor.

JUAN. ¿Qué pasa?

CRIADO.—Llaman del sanatorio.

JUAN.—¿Del sanatorio?... (*A Alberto.*) Ya está ahí. (*Al criado.*) ¿Del enfermo número seis?

CRIADO.—No han dicho, señor...

JUAN.—Pon el aparato aquí... (*Mutis el criado.*) Si es del enfermo número seis, vamos a tené jaleo. (*Va al teléfono.*) Pero señó, Dios mío, si no puede sé, si ya estaba... (*Al teléfono.*) Sí, aquí, yo, yo sí... ¿El enfermo del seis? ¡Oh!... ¿Una hemorragia?... Maldita sea... No, no..., abrir otra vez... Naturá, interveni... No hay más remedio... Voy, voy ahora mismo... Sí, con éter... ¡Voy! (*A la puerta.*) ¡Pepe! ¡Pepe!

ALBERTO.—¿Qué te pasa? ¿Es un amigo?

JUAN.—No... (*Al criado que aparece.*) ¿Está el coche?

CRIADO.—No, señorito....

JUAN.—Pues un taxi, a escape... vamos... (*Mutis criado.*)

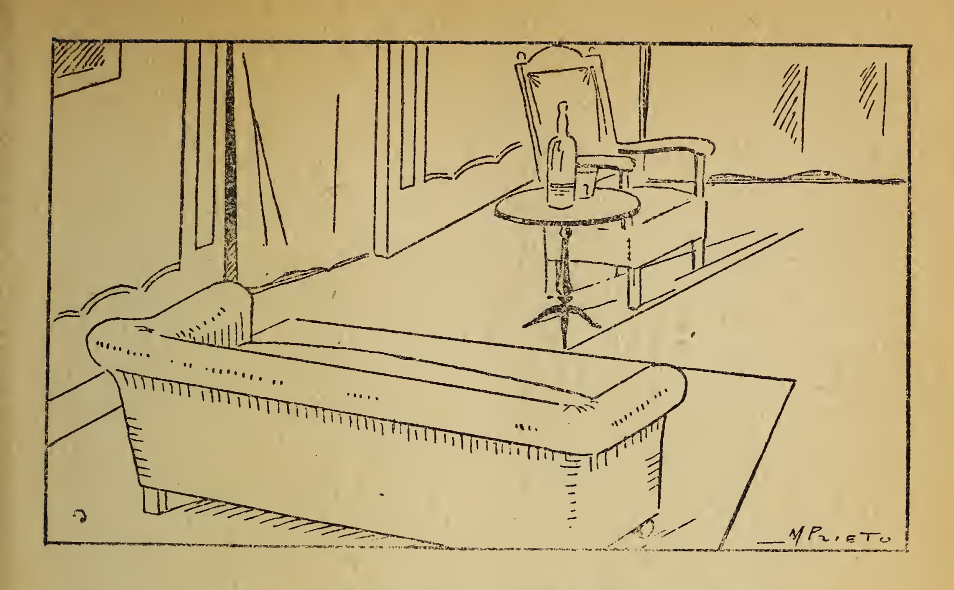
ALBERTO.—Pero oye...

JUAN.—No puedo oí. No es un amigo, es un semejante, e mi enfermo, mi operao..., que era mío y me lo quiere robá la muerte... (*Coge la caja del instrumental.*)

ALBERTO.—Bueno, pero...

JUAN.—Deja... Ya no son paparruchas, ya es serio..., déjame o sígueme... o has lo que quieras. Tú está vivo y no me necesitas..., y ese..., maldita sea mi suerte..., se me va a morí, y no se puede, no se debe morí... (*Mutis seguido de Alberto.*)

TELON



CUADRO TERCERO

La misma decoración del cuadro primero de este acto.

ESCENA PRIMERA

ALBERTO, solo, paseando impaciente. FELIPE, foro.

ALBERTO.—¡Ah, por fin! Me desesperaba tu tardanza.

FELIPE.—¿Qué pasa?

ALBERTO.—Verás. No sé si soy muy feliz, o muy desgraciado. Verás. Trae. (*Le quita el sombrero.*) Siéntate. Rosa ha salido a algo absurdo. Hoy le regalan una nueva tortuga viva. Ella cree en ese amuleto. Cree que es la felicidad que se le entra otra vez por las puertas. Acaso... sea cierto. ¡Pobrecita!

FELIPE.—Bueno, ¿pero de qué se trata?

ALBERTO.—Perdona. ¡Son tantas cosas! Me acuden revueltas a la mente y en tropel a los labios. Y además el tiempo apremia. Hemos de acabar esta conversación ante de que Rosa vuelva. Llevo cuatro días encerrado en mi arte secreto.

FELIPE.—Pero, ¿qué es ello? ¡Habla!...

ALBERTO.—Lo que perseguía, lo que esperaba llegó. El premio grande. Jugaba las tres series y he ganado noventa mil duros...

Felipe.—¡¡Alberto!!... ¿Eres rico?

Alberto.—Sí.

Felipe.—Pero, ¿cuándo has ganado ese dinero?...

Alberto.—Hace cuatro días...

Felipe.—Y te lo tenías tan callado...

Alberto.—Era indispensable... hasta resolver...

Felipe.—Pero resolver... ¿qué? No, no; tú mientes. Yo no puedo creer en esta casualidad...

Alberto.—¿Qué no? ¡Ah, pues ya puedes creerlo! Es la casualidad que yo he perseguido, que yo he ayudado, porque yo sí creía, yo sí creo en la casualidad. Nada más cierto, nada más frecuente que la casualidad. Ella es quien rige en el mundo. Todo es ella, desde la casualidad de nacer, hasta la casualidad de morir. Y yo la perseguía desde hace un año toda mi vida no era más que esto; esta frase, este pensamiento: Cuando me toque la lotería; todos los proyectos de mi vida sin acción se resumían así en mi mente en esto, en esta idea fija, ansiosa y segura: Cuando me toque la lotería... ¡Y llegó! Mira... (*Saca cuatro sobres del bolsillo.*) Aquí está. Tú eres quien ha de repartirlo... Cuarenta mil duros que pondrás a nombre de mi hijo, en acciones; cuarenta mil que entregarás a Rosa...

Felipe.—Pero, ¿qué estás diciendo?

Alberto.—No. No te asustes, no me suicido. He pensado tanto que mi pensamiento ha disuelto la tragedia.

Felipe.—Pero Alberto...

Alberto.—Oyeme, óyeme. Es la última confidencia que te hago. Mi drama se deshacía en palabras, no tenía acción, y la acción empieza ahora...

Felipe.—Pero...

Alberto.—No, si no estoy loco. Si he reflexionado, tú verás como sí. Ahora ya sí. Sé que hemos torcido, deshecho, entristecido la idea del amor. Queremos que el amor sea superior a la vida y nos empeñamos en atribuirle una condición de eternidad que la misma vida no tiene, y cuando el amor desaparece en el ser que amamos todavía, porque está fatalmente condenado a desaparecer, esta aberración de nuestro entendimiento y de nuestros sentidos, esta pretendida condición de eternidad es lo que nos impulsa a morir o a matar. ¡Ah, pero la violencia no resuelve nada!

Felipe.—Pero si Rosa no ha dejado de amarte, ni tú tampoco...

Alberto.—Pero nos engañamos los dos. Yo primero; ella

después. Lo cierto, lo lógico es amar un momento y dejar de amar. Obedecer al instinto de huir; no empeñarnos en una promesa imposible de cumplir. Y eso hago. Me voy.

FELIPE.—¿Que te vas? Pero Alberto, ¿qué locura es esta?... ¿Dónde te vas? ¿Cuándo?

ALBERTO.—Ahora mismo, por la escalera de servicio; antes de que Rosa vuelva. No quiero verla más. Me voy ahora, en el avión que sale para Barcelona. Después a Nueva York con el doctor Molina... Tú reparte ese dinero; yo me quedo con lo indispensable para pagarme el viaje. Tú entregas lo suyo a Rosa y que perdone si no dió para más la lotería. Tardó en llegar; pero al fin, gracias a Dios... (*Se le rompe la voz en un sollozo y cae sentado.*)

FELIPE.—¡Pero lloras! ¡Tú lloras, Alberto!...

ALBERTO.—No, no debo llorar, aunque hay algo que se rompe en mí. Soy, todo yo, como una raíz que se arranca del suelo... (*Pausa.*)

FELIPE.—Esto no puede ser... ¿Quieres que hablemos? (*Pausa*) ¿Quieres? Yo haré cuanto tú desees; pero escúchame antes. ¿Tú crees que se deja así, dándole un puñado de pesetas a la mujer legítima como se deja a una entretenida?

ALBERTO.—¿No dejé a la madre de mi hijo?

FELIPE.—Pero, ¿vas a volver con ella ahora? Es de otro ya...

ALBERTO.—No voy a volver con nadie.

FELIPE.—Entonces, ¿vas a abandonar a Rosa sin una razón, sin un motivo?

ALBERTO.—¿Motivo? Tú sabes que lo hay, que lo hubo...

FELIPE.—¿Aquello?

ALBERTO.—Aquello.

FELIPE.—¡Oh! ¿Ahora, a los dos años? Pero, ¿estás loco? Además ella nunca confesó. Yo te dije entonces que la dejaras. Entonces, pero ahora, ¿después de haber perdonado?

ALBERTO.—No, no, Felipe. Yo creí que perdonaba, porque creí que podía olvidar. Pronto supe que no olvidaba. Había perdonado mi buen deseo, había perdonado mi buen corazón; no habían perdonado ni mi cerebro ni mis sentidos. Empecé..., tú lo sabes, tú lo has visto, empezó este martirio constante, esta angustia de todas las horas, en lucha abierta mi deseo de perdonar, con... con mi repugnancia casi física; en lucha mi amor, más ardiente, más apasionado, enfermizo, tal vez porque se sentía herido, con mis celos retrospectivos, con mi dolor viejo que tornábase nuevo, más nuevo y más agudo cuando yo iba precisamente a calmarlo en la fuente de sus labios.

Y yo iba a sus labios sediento de amor; pero mi memoria sabía que estaban manchados y nunca más pude beber. ¿Comprendes? ¡Ya nunca fuí suyo! Yo me convertí en un celoso constate; y era esto, el celoso que no tiene el derecho ni de sus celos. Perro del hortelano para el amor, ¿comprendes? Y quise dejarla a tiempo, tú lo sabes; tú viste cómo ella vino a mí, fué en tu casa, tú mismo nos juntaste... ¿Cómo dejarla después? Así dos años de sospechas, de rencores, de recuerdos torpes, de reproches y de lágrimas. En mi casa vivían su pobre padre, su hermana... Olvidamos el trabajo, vino esta situación económica espantosa... ¿Cómo dejarla abandonada entonces? Hubieran creído que huía no al amor vendido, no a la felicidad imposible, sino al deber de mantenerla y ampararla... no por dolor, sino por miedo... Ahora ya, por lo menos la miseria no es...

Felipe.—Pero tú la quieres; tú quieres a Rosa...

Alberto.—Sí, nos queremos... y no podemos querernos; este es el espanto. Yo soy aquella cosa tan perversa y tan baja que es un marido engañado, que no ignora el engaño, y que por eso cree tener el derecho de sospechar de nuevo siempre y de reprochar y de insultar. Yo perdoné sin olvidar... y, claro, no perdoné. Eso es todo. Tan cobarde fuí.

Felipe.—Pues perdona ahora, salva tu vida...

Alberto.—¡Tarde! No. No insistas. Para lo espiritual, para lo sentimental no hay soldaduras. Nada se compone, nada vuelve a juntarse... En el cuerpo, en la piel, puede haber cicatrices: en el alma siempre son llagas!

Felipe.—Alberto...

Alberto.—¡No, cuando el alma se mancha una vez, ya no se limpia nunca!... Lejos, lejos; adorándola yo, y adorándome ella, con nuestro cariño de antes: así el dolor de pensar sin vernos en lo mucho que nos hemos querido... será lo único limpio de nuestro amor.

Felipe.—¡Ah, no, eres injusto! Después de todo, tú también manchaste ese amor...

Alberto.—Si, no lo niego. Yo confundí en mi vida el amor y la voluptuosidad: es otra vez el viejo pecado del hombre: el pecado de Adán. Yo me arrojo a mí mismo del paraíso que convertí en un infierno. No, no, no más, Felipe. No quiero impedirlo.

(*Por los sobres*) Guarda esto. Toma. A tu cuidado queda. Y adiós. Ahora empieza mi drama. No hice más que comentar, discutir, vacilar... Ahora, sí. Mañana empieza. Cuando esté

de nuevo solo; solo con mis recuerdos, con mi nostalgia y con mi vergüenza y con la miseria de mi alma que quiero limpiar.

FELIPE.—Pero ¿qué vas a hacer? ¿A dónde vas a ir?

ALBERTO.—¿Adónde? ¡Qué sé yo! A errar, a expiar mi culpa, a sufrir mi castigo. Otra vez como Adán arrojado del paraíso. Viviré... por el dolor de soportar la vida, de ganarme la vida, sin vanidad y sin ambición; trabajando; pintando anuncios, muestras de almacenes, puertas si es menester... ¡Es mi castigo! ¡Solo! Sin mujer, ni hijo, sin amor, sin gloria... ¡Sólo! ¡Por el camino del dolor, que yo mismo me abrí!... Adiós, ¡viejo! (*Se abrazan y Aberto hace mutis.*)

FELIPE.—Yo no...

ALBERTO.—Calla, quieto... ¡Adiós!

ESCENA ULTIMA

Alberto ha hecho mutis por la lateral. Cuando FELIPE se vuelve, aparece corriendo la cortina en el fondo Rosa María, inmóvil. El sombrero en la mano. El bolso caído en el suelo. Pálida, los ojos llenos de lágrimas, como una Dolorosa.

FELIPE.—¡Señora!... Rosa María...

ROSA.—No, no..., calle..., ya se lo ha dicho él... ¡Calle!... No tiene usted que decirme nada. Iba a entrar y me clavaron aquí sus palabras...

FELIPE.—Señora..., yo...

ROSA.—¡Basta!... Ya no quiero luchar. Prisionero, esclavo a mi lado... ¡No! (*Avanza.*) Y sin rencor. Y sin rechazar nada. Todo lo que de él me llegue, bueno y malo... Bien está. Pudo matarme entonces; todavía le debo dos años que me permitió vivir junto a él.

FELIPE.—Rosa María, yo...

ROSA.—¡Castigo! El lo ha dicho: el dolor de pensar, lejos uno del otro, en lo que nos queremos será lo único limpio de este amor. (*Movimiento de Felipe.*) Y ahora... ¡Silencio! Un silencio más hondo que el de la muerte. El silencio que espera... envejecer, para volver a ser felices; viejos ya, juntos otra vez, almas tan solo sin carne y sin celos... O que espera... morir... Morir, ¡otra vez alma! ¡Silencio, Silencio!...

TELON

FIN DE LA COMEDIA

Lea usted

LA MARICASTAÑA

otra interesante comedia de

FELIPE SASSONE

publicada en

LA FARSA

N.º 176

LA FARSA

PUBLICACION SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

EDITORIAL ESTAMPA-PASEO DE SAN VICENTE, 18 MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 cts.

NUMEROS PUBLICADOS

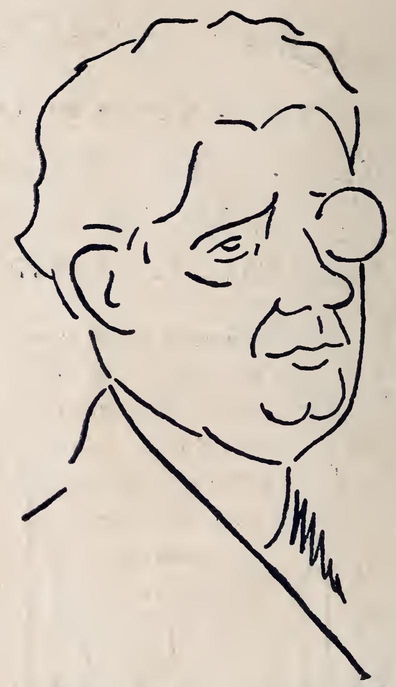
1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Cadenas y G.-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de los Hnos. Quintero.
6. ATOCHA de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Sevilla y Carreño.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE..., de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...!, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Carrere y Pacheco.
23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina.
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.
28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29. LA PETENERA, de Serrano Anguita y Góngora.
30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Paso y Estremera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinley.
35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
38. LA MORERIA, de Romero y Fernández Shaw.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
41. NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON, de Linares Rivas.
42. HERNANI, de los hermanos Machado y Villaespesa.
43. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
44. LA CAPITANA, de Sevilla y Carreño.
45. MI PADRE NO ES FORMAL, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
46. ¡BENDITA SEAS!, de Alberto Novión.

47. ¡PARE USTÉ LA JACA, AMIGO!, de Ramos de Castro.
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
49. EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José María Vela.
LA MAS FUERTE, de Augusto Strindberg.
51. MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.
52. MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
53. EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoi.
54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavín.
55. CUENTO DE AMOR, de Benavente, y SONATA, de Viu.
56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de González del Castillo y M. Alonso.
57. UN ALTO EN EL CAMINO, de El pastor poeta.
58. CUERPO AMOR, AMO Y SEÑOR, de Avelino Artís.
59. ¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.
60. LA ATROPELLAPLATOS, de Paso y Estremera.
61. EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villaespesa.
62. LAS ADELFAS, de Manuel y Antonio Machado.
63. LOLA Y LOLO, de José Fernández del Villar.
64. EL AUTOMOVIL DEL REY, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
65. MI HERMANA GENOVEVA, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
66. RAQUEL y EL NAUFRAGO, de Honorio Maura.
67. LA MAJA, de Luis Fernández Ardavín.
68. EL ROSAL DE LAS TRES ROSAS, de Manuel Linares Rivas.
69. LA TATARABUELA, de Cadenas y González del Castillo.
70. EL ULTIMO LORD, de Ugo Falena.
71. CUENTO DE HADAS, de Honorio Maura.
72. ¡UN MILLON!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
73. ORO MOLIDO, de Federico Oliver.
74. DE LA HABANA HA VENIDO UN BARCO..., de Paso y Estremera.
75. LAS HILANDERAS, de Federico Oliver.
76. HILOS DE ARAÑA, de Manuel Linares Rivas.
77. ¡MIRA QUE BONITA ERA...!, de Francisco Ramos de Castro.
78. CUENTO DE ALDEA, de Luis Fernández Ardavín.
79. UNA MANO SUAVE, de Alberto Insúa y Tomás Borrás.
80. ¿QUIEN TE QUIERE A TI?, de Luis de Vargas.
81. ¡AL ESCAMPIO!, de El pastor poeta.
82. LO IMPREVISTO, de Francisco de Viu.
83. EL CLUB DE LOS CHIFLADOS, de Cadenas y Gutiérrez Roig.
84. LA SANTA, de Luis Fernández Ardavín y Valentín de Pedro.
85. LOS CLAVELES, de Sevilla y Carreño.
86. EL SOLAR DE MEDIACAPA, de Carlos Arniches.
87. EL SOFA, LA RADIO, EL PEQUE Y LA HIJA DE PALOMEQUE, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
88. EL ROSARIO, de Florencia L. Barclay y Bisson.
89. LA DAMA DEL ANTIFAZ, de Charles Mere, traducción de Cristóbal de Castro.
90. NOCHE DE CABARET, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
91. LA PRISIONERA, de Bourdet, trad. Cadenas y G.-Roig.
92. UNA FARSA EN EL CASTILLO, de Molnar, trad. de Lepina.
93. ¿QUE TIENES EN LA MIRADA?, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
94. PEPA DONCEL, de Jacinto Benavente.
95. EL FANTASMA DE CANTERVILLE, de Oscar Wilde.
96. LA CASA DE LA TROYA, de Linares Rivas y Pérez Lugín.
97. LA NIÑA DE PLATA, de Lope de Vega, refundición de Antonio y Manuel Machado.
98. NAPOLEON EN LA LUNA, por Navarro y Sáez.
99. ADAN Y EVA, por Pilar Millán Astray.
100. LA DAMA DEL MAR, de Ibsen, versión española de Cristóbal de Castro.
101. ROMANCE, adaptación española de A. Fernández Lepina.

102. EL ABOLENGO, de Manuel Linares Rivas, y DUO, de Paulino Masip.
103. AMO A UNA ACTRIZ, de Ladislao Fodor, traducción de Enrique de Rosas.
104. PARA EL CIELO Y LOS ALTARES, de Jacinto Benavente.
105. DON FLORIPONDIO, de Luis de Vargas.
106. EL CARDENAL, de Luis N. Parker, adaptado a la escena española por Manuel Linares Rivas y Federico Reparaz.
108. LA ARAÑA DE ORO, de Orsier y Brentano, versión castellana de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
109. LA LOBA, de Ceferino R. Avecilla y Manuel Merino.
110. ¡ATREVETE, SUSANA!, de Ladislao Fodor, traducida del húngaro por Tomás Borrás y Andrés Révesz.
111. EL DIFUNTO ERA MAYOR, de Luis Manzano Mancebo.
112. HAN MATADO A DON JUAN, de Federico Oliver.
113. SIXTO SEXTO, por Antonio Paso y Antonio Estremera.
114. LA LOLA SE VA A LOS PUERTOS..., por M. y A. Machado.
115. ¡MALDITA SEA MI CARA!, por Magda Donato y Antonio Paso.
116. LO QUE DIOS DISPONE, de Muñoz Seca.
117. PARA TI ES EL MUNDO, de Carlos Arniches.
118. ORIENTE Y OCCIDENTE, de W. Somerset Maugham.
119. ESTUDIANTES Y MODISTILLAS, de Antonio Casero.
120. VOLPONE, de Ben Jonson.
121. EL ALFILER, de Pedro Muñoz Seca.
122. SER O NO SER, de Rafael López de Haro.
123. MARIA VICTORIA, de Manuel Linares Rivas.
124. EL GATO Y EL CANARIO, de John Willard, traducida por José Luis Salado y F. Pérez de la Vega.
125. LA AVENTURA DE IRENE, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
126. ¿QUE DA USTED POR EL CONDE?, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
127. MAYA, de Simón Gantillón, traducción de Azorín.
128. EL NEGRO QUE TENIA EL ALMA BLANCA, de Insúa y Oliver.
129. ELLA O EL DIABLO, de Rafael López de Haro.
130. EL CUATRIGEMINO, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
131. LOS TRES MOSQUETEROS, de Ardavín y Valentín de Pedro.
132. CUANDO EMPIEZA LA VIDA, de Linares Rivas.
133. ¡LA CONDESA ESTA TRISTE!..., por Carlos Arniches.
134. MANOS DE PLATA, por Francisco Serrano Anguita.
135. DE CUARENTA PARA ARRIBA..., de Antonio F. Lepina y Ricardo G. del Toro.
136. FABIOLA O LOS MARTIRES CRISTIANOS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
137. PELELES, de Francisco de Viu.
138. ANFISA, de Leonidas Andreiev.
139 EL PROTAGONISTA DE LA VIRTUD, de Manuel D. Benavides.
140. EL RUISEÑOR DE LA HUERTA, de El pastor poeta.
141. ¡CONTENTE, CLEMENTE!, de Antonio Paso.
142. EL ALMA DE LA ALDEA, de Linares Rivas y Méndez de la Torre.
143. EL MILLONARIO Y LA BAILARINA, de Pilar Millán Astray.
144. LA HIJA DE JUAN SIMON, de José María Granada y Nemesio M. Sobrevila.
145. EL CONDENADO POR DESCONFIADO, de Tirso de Molina, arreglo de los Hnos. Machado.
146. LA EDUCACION DE LOS PADRES, de José Fernández del Villar.
147. LA MALA MEMORIA, de Abati y García Alvarez, y LA CIZAÑA, de Linares Rivas.
148. LA ROSA DEL AZAFRAN, de Romero y Fernández Shaw.
149. SHANGHAI, de John Colton, traducción de A. Mori.
150. SATANELO, de Pedro Muñoz Seca.

151. CASANOVA, de Loran Orbok, traducción de F. de Via.
152. SEIS PESETAS, de Luis de Vargas.
153. LA SOMBRA, de Darío Niccodemi.
154. LOS POLLOS "CAÑÓN", de José Fernández del Villar.
155. LA MAR Y SUS PECES, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
156. LA MUJER DESNUDA, de Henri Bataille, traducción de Tulio Sarce.
157. LA CARCEL MODELO, de Carlos Arniches y Joaquín Abati.
158. TRIANERIAS, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
159 EL SEPTIMO CIELO, de Austin Strong, traducción de Antonio F. de Madrid.
160. OLIMPIA, de Franz Molnar, traducción de Tomás Borrás y Andrés Revesz.
161. PAPA GUTIERREZ, de Francisco Serrano Anguita.
162 EL CRIMEN DE JUAN ANDERSON, de Annie Wisse, adaptación de Juan G. Olmedilla e Ignacio Rodríguez Grahit.
163. "K-29", de López de Haro y Gómez de Miguel.
164. LA ESPADA DEL HIDALGO, de Luis Fernández Ardavín.
165. DON ESPERPENTO, de Joaquín Abati y Valentín de Pedro.
166. LA DANZARINA ROJA, de Charles-Henry Hirsch, traducción de Lepina y Burgas.
167. SIEGFRIED, de Jean Giraudoux, traducción de Díez-Canedo.
168. LA CALLE, de Elmer L. Rice, traducción de Juan Chabás.
169. EL TONTO MAS TONTO DE TODOS LOS TONTOS, de Antonio Paso y Tomás Borrás.
170. EL AMANTE DE MADAME VIDAL, de Luis Verneuil.
171. LA PERULERA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
172. ¡CASATE CON MI MUJER!, de Ladislao Fodor, adaptación española de Tomás Borrás.
173. ME LO DABA EL CORAZON, de Honorio Maura.
174. LA VIEJA RICA, de Fernández del Villar.
175. PIRUETA, de Fernando de la Milla.
176. LA MARICASTAÑA, de Felipe Sassone.
177. ¡VIVA ALCORCON, QUE ES MI PUEBLO!, de Ramos de Castro y Carreño.
178. EL SEÑOR BADANAS, de Arniches.
179. LA CONDESITA Y SU BAILARIN, de Honorio Maura.
180. MONTE DE ABROJOS, de José Castellón.
181. ADAN, O EL DRAMA EMPIEZA MAÑANA, de Felipe Sassone.


LA FARS
ESTA A LA VENTA EN LA
LIBRERIA Y EDITORIAL
MADRID
ARENAL, 9-MADRID
Donde puede usted suscribirse, adquirir el número de la semana y los números atrasados que falten para completar su colección.



FELIPE SASSONE

RIVADENEYRA (S. A.).—MADR